## ILUSIONES Y DILEMAS: LA DEMOCRACIA EN CENTROAMERICA.

Klaus-Dieter Tangermann (compilador). San José de Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) y Fundación BUNTSTFT (Alemania), 1995, 356 páginas.

**Ilusiones y dilemas: la democracia en Centroamérica** es el resultado de un proyecto de investigación financiado por la fundación alemana, BUNTSTFT, producto de la cual ya fue publicada en 1994 la obra **Alternativas campesinas. Modernización del agro y movimiento campesino en Centroamérica**, coordinado por Klaus-Dieter Tangermann e Ivana Ríos y editado en Managua (Nicaragua) por CRIES-Latino. El libro reúne siete artículos de otros tantos autores dedicados, en opinión del compilador, Tangermann en este caso, al estudio de la relación entre los proceso de democratización y los problemas de gobernabilidad que aquéllos han engendrado en Centroamérica, debido a que la transición a la democracia fue impuesta desde arriba (mediante un pacto entre las élites) y de que la asimilación de valores democráticos es un proceso histórico de larga duración que cada país está obligado a vivir, y que en el caso específico de las repúblicas centroamericanas tropieza con una tradición ancestral de violencia política, exclusión y autoritarismo arraigado en la mentalidad de la sociedad. No obstante esos inconvenientes, las conclusiones de la obra son optimistas. Tangermann señala que la democracia no sólo depende de los dilemas anteriores, sino también de un proceso de consolidación institucional, donde es posible que los avances sean mucho más rápidos.

En términos generales, el libro destaca por su valor divulgativo. Implícitamente, contiene un estado de la cuestión y aporta a los estudios sobre el tema una perspectiva histórica, que en general suele ser la mayor dolencia de las investigaciones politológicas y sociológicas. Siendo estas dos características el objetivo explícito de la obra, la valoración crítica de sus resultados es positiva.

**Ilusiones y dilemas** comienza con un artículo del propio Tangermann sobre "La democracia centroamericana en la discusión". El autor expone sucintamente las propuestas de las dos grandes corrientes teóricas sobre la democracia: la liberal-conservadora, que insiste en un buen funcionamiento institucional que garantice la libertad individual, y la de izquierdas, que hace hincapié en la participación. Según el autor, el modelo que se impuso en Centroamérica a finales de los ochenta fue el conservador, el que predomina en el Occidente desarrollado y se basa en la exclusión del ciudadano, a cambio de satisfacer sus necesidades materiales y culturales. Por esa misma razón, dado que en la región no es posible ofrecer dichos beneficios, se ha mostrado ineficiente para resolver algunos de los problemas políticos medulares del istmo. No obstante estas conclusiones, Tangermann señala varios ejemplos, los cuales indican que su sustitución por el modelo participativo no es fácil, a pesar de su creencia en que ese es el camino para garantizar el futuro democrático de Centroamérica.

Tras el trabajo de Tangermann, dos artículos de Victor H. Acuña Ortega, "Autoritarismo y democracia en Centroamérica: la larga duración: siglos XIX y XX" y Manuel Rojas Bo-

laños, "Consolidar la democracia en Centroamérica una árdua tarea", dan al libro la perspectiva histórica de la que hablamos con antelación. Acuña dice que es preciso asumir el autoritarismo como un tema de estudio, más que de diatriba, y explicar históricamente el problema de la exclusión de los sistemas políticos centroamericanos. En el largo plazo, el autor señala que es posible distinguir tres etapas dentro del autoritarismo político predominante en la región: la etapa de los caudillos, que se extiende desde la independencia hasta finales del siglo XIX; la del "liberalismo apaleador del orden y progreso" y, finalmente, la era de las dictaduras desarrollistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Frente a ellas, hubo también algunos intentos democratizadores, pero esporádicos y abortivos, salvo en el caso costarricense, donde han tenido efectos acumulativos: el primero a finales del siglo XIX, el segundo en la década de 1920, y el tercero en la de 1970. Acuña sostiene, finalmente, que en 1978-79 terminó un período en el largo plazo y se inició una fase de ruptura caracterizada por la modernización de las élites, y por la independencia y el acceso a la política de los grupos rurales e indígenas. El nuevo papel otorgado a la democracia en estos últimos años, empero, está aún lejos de ser definitivo. Parece -dice textualmente- como si el país social y el país político evolucionasen a distinta velocidad, de ahí que como conclusión sea necesario preguntarse si los cambios actuales se traducirán finalmente en instituciones duraderas, dado que el problema histórico esencial de la región ha sido oponer y postponer rupturas cuando éstas eran necesarias, o hacer del cambio algo parcial e inacabado.

Siguiendo las pautas expuestas por Acuña, Rojas se concentra en el análisis de los intentos democratizadores del siglo XX. El autor detecta tres momentos históricos en el proceso, uno en los años cuarenta, que excepto en el caso de Costa Rica terminó frustrándose; otro en los sesenta, al influjo de la Revolución Cubana y caracterizado por el desplazamiento de los demócratas liberales, por aquellos que no creían posible la implantación de la democracia política sin mediar la revolución social. Este proceso concluyó en 1979, con la Revolución Sandinista en Nicaragua, y tuvo como resultado una polarización de la sociedad, que a mediados de los años ochenta provocó una situación que se denominó de "empate armado". En esta situación, según el autor, Esquípulas II representa el punto de quiebra de la tendencia conflictiva y el inicio de una transición democrática, que sigue un modelo de pacto entre las élites y los movimientos populares al que se refería Tangermann. Rojas coincide también con este último en que, a pesar de ese pacto, en el modelo de democracia impuesto en la región, las masas no están totalmente representadas, lo que genera graves desequilibrios.

El cuarto y el quinto artículos de **Ilusiones y dilemas** están firmados por Cristina Eguizábal y Juani Guzmán León, "Mujer y política en Centroamérica: el camino de la democratización" y por Rolando Rivera, "Concertación social e integración regional: ¿una nueva forma de participación social?". Ambos profundizan en los aspectos más interesantes de los problemas sociales de la democratización que señalan Tangermann, Acuña y Rojas. Eguizábal y Guzmán estudian el papel de la mujer en la vida pública, señalando que su integración paulatina en el mundo del trabajo y de la política no se explica siguiendo las pautas de las corrientes feministas imperantes en Europa y en los Estados Unidos des-

de finales de los años cincuenta, ni de las más recientes teorías vinculadas a la perspectiva del género, sino que tiene una dimensión específicamente regional y no se entiende sino en el contexto de los actuales procesos de democratización centroamericana. A través de entrevistas a un grupo de mujeres, las autoras ofrecen en el texto una visión femenina del sistema político. La explicación parte de la asunción de una situación discriminatoria, que procede de una división del trabajo propia de la sociedad patriarcal y que liga a la mujer a lo doméstico y al hombre a lo público. A partir de esa situación, aquella primera se ha ido incorporando paulatimanete a la población activa, sobre todo en el sector informal de la actividad económica, pero también, ganando rápidamente espacio en el sector formal. Junto a estas características de índole universal, el proceso de incorporación de la mujer centroamericana al mundo político y laboral -dicen Eguizábal y Guzmán- se ha visto impulsado por las consecuencias de la guerra que asoló recientemente la región, durante la cual éstas tuvieron que asumir rápidamente un papel más preponderante en el mundo del trabajo y en la dirección de las familias.

Rivera analiza la concertación social en el contexto de la integración regional. Señala que los modernos procesos de concertación en la región surgen de Esquípulas II, de una toma de conciencia por parte de los grupos enfrentados en los conflictos armados de que se había llegado a una situación de empate, en la que ninguno de ellos podría imponerse sobre los demás, pero también de la necesidad de los gobiernos de hacer viables sus proyectos y propuestas. El autor estudia los antecedentes y los instrumentos de participación en la concertación socio-política de algunas organizaciones regionales representativas, y llega a la conclusión de esta última es el resultado del debilitamiento de las antiguas formas de mediación Estado-sociedad, de la ampliación de las razones de movilización social y de la necesidad de los distintos actores sociales de coordinar su intereses con los intereses generales (nacionales y regionales); finalmente, estima que aunque las organizaciones han mostrado en muchos casos su ineficacia frente a la rapidez de los cambios socio-políticos, son un arma imprescindible, junto con la concertación, para enfrentar la exclusión de la que pecan los sistemas sociales y políticos centroamericanos.

El libro termina con dos artículos sobre el caso nicaragüense firmados por Luis H. Serra Vásquez, "Una democratización peculiar: Nicaragua en los 80" e Ivana Ríos Valdés, "Participación de los sectores populares en Nicaragua: cambios actuales -1990-1994". Serra sostiene que la Revolución Sandinista priorizó la democracia participativa frente a la representativa, y que el proceso de democratización se enfrentó durante la misma a serias contradicciones tanto de base como de coyuntura, que la obstaculizaron. Destaca la confusión entre los intereses de Estado y los intereses partidistas de un partido único, escasamente democrático, además, en su funcionamiento interno; señala también que la guerra tuvo como consecuencia la necesidad de militarizar a buena parte de la población e integrarla, por lo tanto, en una estructura jerárquica. Junto a estos problemas, la democratización de la sociedad se vio frenada por la permanencia de tradiciones clientelísticas y ancestrales, como el hecho de que la integración de la mujer en el mundo laboral y de la política no se correspondió con una transformación simultánea de su papel en el seno de las estructura familiares. Finalmente, el alineamiento de Nicaragua en el bloque so-

viético, debido sobre todo al enfrentamiento con los Estados Unidos, dio a la Revolución un carácter estatalizante y anticristiano en un país, donde predomina la pequeña propiedad y que es pionero en la relación marxismo-religión. A pesar de todos estos inconvenientes, Serra opina que el avance en el proceso de democratización ha sido enorme si se compara la situación actual con la anterior al triunfo sandinista.

Ríos parte del trabajo de Serra y analiza la transición de Nicaragua a la democracia liberal, llegando a tres conclusiones básicas. La autora cree que se ha dado un proceso de desmovilización social y una pérdida de la hegemonía del FSLN en la organizaciones sociales, que ya no son el centro de su estrategia política, al tiempo que las utilizaba con intereses partidistas para ganar espacios de poder frente a sus oponentes políticos. Esto ha provocado una decadencia de dichas organizaciones y un incremento del particularismo en la defensa de los intereses.

**Antonio Santamaría García**
Estudiante de Doctorado
Instituto Universitario Ortega y Gasset

**DEVELOPING NATIONS AND THE POLITICS OF GLOBAL INTEGRATION.**
Stephan Haggard. Washington, DC., The Brookings Institution, 1995, 178 páginas.

Stephan Haggard, profesor de la Universidad de California, analiza en este libro el lugar que ocupan, dentro del comercio internacional, los países en desarrollo, especialmente del este y sudeste asiático, y de América Latina. Dentro del contexto de la integración, Haggard cuestiona el efecto que ésta pueda ejercer sobre los países que se ven empujados a un nuevo escenario en el comercio internacional. ¿Son las reglas del juego iguales para todos? ¿Cuál es la tendencia idónea que debe seguir el proceso de integración: regionalismo o multilateralismo? ¿Están todos en las mismas condiciones para "competir"? Estas y otras cuestiones se tratan de responder en seis capítulos muy bien estructurados, que ayudan al lector a llegar a sus propias conclusiones, o a las del autor.

Una evidencia de la que parte Haggard es que la interdependencia económica internacional contribuye a mejorar el nivel de los países, aunque uno se pregunta "¿qué países?". Para que esta interdependencia sea positiva, el autor establece dos puntos en los que debe haber una buena gestión: dentro de cada país, y en la coordinación de políticas de cooperación internacional.

Otro factor que señala Haggard, de forma muy acertada, es que queramos o no, hoy en día vivimos en una "aldea global" (ya nos advertía MacLuhan) en la que los bienes (o males) que produce un país nos benefician (o dañan) a todos por igual, existan o no fronteras de por medio.

México en 1624 y 1692), sin embargo, es curioso que la escasez de alimentos incidiera no sólo en el rápido aumento de las enfermedades y en el desencadenamiento de las epidemias, sino también en una explosión de robos y crímenes, principalmente en las urbes. Como diría un antiguo proverbio castellano: «El pan comido, la compañía deshecha».

Salvador BERNABÉU ALBERT
Centro de Estudios Históricos (CSIC)

BERNECKER, Walter L. *1898: su significado para Centroamérica y el Caribe. ¿Cesura, cambio, continuidad?*, Monográfico de *Lateinamerika-Studien nº 39*, Vervuert Verlag, Universitat Earlen-Nürnberg, Zentralinstitut, Sektion Lateinamerika, [1998] 270 pp.

Son muchos, muy variados y en general de buena factura los trabajos que con motivo de la celebración del centenario de 1898 han visto la luz recientemente. Entre ellos se cuenta la compilación de Walter L. Bernecker que ahora nos ocupa. Buena parte de esos trabajos, como este último, tiene también un carácter recopilatorio y, finalmente, suele ser el resultado de un congreso o seminario previo. Concretamente, *1898: su significado para Centroamérica y el Caribe*, es en realidad el libro de actas del simposio homónimo celebrado en la Universitat Earlen-Nürnberg (Alemania) en el mes de julio de 1997.

En la introducción del volumen, W.L. Bernecker refiere con detalle los resultados de la citada reunión en relación con el referido debate historiográfico en torno al *98*. Dentro de ese debate, la obra destaca por su carácter internacional y multitemático y por el hecho de establecer un tema monográfico de discusión, «¿cesura, cambio o continuidad?», con objeto de ordenar las ideas y singularizar su contribución. Dicha singularidad estriba, en nuestra opinión, en la calidad de lo compilado, además de buena, bastante homogénea, así como en una concepción temática amplia —lo que no está reñido con la limitación de la discusión— tanto en lo cronológico (1898 como una año clave en múltiples sentidos, pero que sólo cobra significado dentro de una coyuntura, la del tránsito del siglo XIX al siglo XX), como espacial (además de la conocida participación norteamericana en la Guerra Hispano-Cubana y de la finalización del dominio español en Cuba y Puerto Rico, 1898 fue una fecha significativa para muchas naciones europeas, latinoamericanos y para los Estados Unidos). En definitiva, de lo que se trata en el libro es de evaluar a través de trece aportaciones parciales, en inglés y español, si el fin de siglo supuso, aparte de la consolidación de la hegemonía estadounidense en el Caribe y Centroamérica, ruptura, cambio o continuidad en la sociedades de los países del área y también de aquéllos cuya geografía no pertenece a la zona, pero contaron con intereses implicados en ese espacio y sus problemas.

La primera parte de la compilación está dedicada a la «Discusión del canon literario hispano-americano». Así reza textualmente su título, bajo el cual encon-

tramos un único artículo, firmado por Arcadio Díaz Quiñones, «1898: hispanismo y guerra», que analiza la obra del español Marcelino Menéndez Pelayo como representativa del origen de una construcción cultural que posteriormente ha tenido una amplia difusión y desarrollo en España y en varios países de América Latina, en la cual, lo hispano se define por oposición a lo norteamericano.

Una segunda parte analiza los hechos, precisamente, del lado estadounidense, aunque se centra más en problemas políticos que culturales. Dentro de ella, Reinhard R. Dorries, «¿1898: a New American Beginning or Historical Cotinuity?», media en la polémica acerca de lo que la Guerra Hispano-Cubana-Norteamericana representó para los Estados Unidos, sosteniendo que el conflicto no significó un cambio en la manera de concebir la proyección internacional de este último país, pensada en términos estructurales y continentales y no cuyunturales y caribeños, como muestra el hecho de que muchas naciones europeas cuestionasen su hegemonía en ese espacio.

La forma en que los Estados Unidos concibieron su proyección internacional, de la que habla R.R. Dorries, es analizada por Ralph Dietl, «American Expansion: from Jeffersonianism to Wilsonianism. The United States and its South Neigbors at the Turn of the Century», aunque centrándose específicamente en los cambios que ese *98* en un sentido cronológico amplio que decía W.L. Bernecker tuvieron en su instrumentación. R. Dietl opina que dentro del país se enfrentaron tradicionalmente dos corrientes de pensamiento, una de ella abogaba por mantener una posición de poder en el exterior; la otra por una defensa reformista, más bien ejemplar, de los valores democráticos. En opinión del autor ambas estuvieron en liza, con cierta propensión al aislacionismo, en buena medida resultante de la segunda, hasta que la Primera Guerra Mundial obligó a intervenir en Europa. Entonces —dice— las dos se fusionaron en una nueva, el Wilsonianismo, debido a que dicha intervención se realizó precisamente en defensa de los valores democráticos, representativos del pueblo norteamericano.

Las tesis de Thomas Schoonever, «Columbus, the Spanish-Cuban-American War and the Advance of United States Capital Liberalism in the Caribbean and Pacific Region», si polemizan implícitamente con las de R.R. Dorries, puesto que el autor considera que los Estados Unidos se sirvieron de la ocasión que les brindó la Guerra Hispano-Cubana para impulsar su política imperialista en el Caribe con el objetivo de amortiguar y desviar los problemas internos del país. Es más, utilizando como metáfora la concepción colombina, dice que, siguiendo los pasos de Cristóbal Colón, aprovecharon los hechos para reforzar también su presencia en la región del Pacífico.

En un trabajo que por su temática lo mismo podría haberse integrado en la segunda que en la tercera parte de la compilación, «The German Challenge to American Hegemony in the Caribbean: the Venezuela Crisis of 1902-1903», finalmente, Ragnhild Fiebig-von Hase analiza el tercer conflicto en el que los Estados Unidos consiguieron mostrar su hegemonía hemisférica frente a otras potencias mundiales: la crisis venezolana de 1902-1903. Lo hace estudiando la relación de varios factores que intereaccionaron en el acontecimiento, las fricciones entre dichas potencias en el espacio caribeño, particularmente entre Norteamérica y

Alemania en el caso que a él ocupa, y los problemas que frente a estos últimos y a nivel interno padecía el referido país sudamericano.

La tercera y cuarta parte de la compilación de W.L. Bernecker está dedicada a los casos cubano y puertorriqueño respectivamente y se compone de tres trabajos sobre el primero y dos acerca del segundo. Josef Opatrný analiza «La crítica martiana al concepto de panamericanismo de James G. Blaine», señalando que José Martí cuestionó la concepción del panamericanismo mantenida por los Estados Unidos, encarnada en la Doctrina Monroe, y concretamente la lectura que de la misma hizo el Secretario de Estado norteamericano, James G. Blaine, preconizando ante el Congreso Panamericano que la progresiva influencia económica de los Estados Unidos sobre Cuba en la segunda mitad del siglo XIX podía desembocar en influencia política, como finalmente ocurrió.

Más centrado es problemas específicamente cubanos, un artículo de Juan Casanovas Codina examina la relación entre «Los trabajadores urbanos cubanos y la política colonial española en Cuba desde la Paz del Zanjón hasta la Guerra de Independencia (1878-1898)». El autor señala que con las reformas implementadas por la administración colonial tras la paz que siguió al primer conflicto por la emancipación en la mayor de las Antillas (la Guerra de los Diez Años, 1868-1878) y la progresiva abolición de la esclavitud (paulatinamente suprimida por una serie de disposiciones que concluyeron con la Ley de Abolición en 1886), fue aumentando la importancia socio-política de los trabajadores urbanos, organizados en cientos de asociaciones, y su lucha sindical. J. Casanovas Codina sostiene, también, que dentro de ese colectivo, la tradicional ideología reformista republicano-obrerista fue reemplazada en esos años por el anarquismo, y que aunque determinados cambios en la década de 1890 y la propia guerra de independencia minimizaron posteriormente la referida importancia de los obreros, ello no fue óbice para que participasen activamente en la transformación de la sociedad y para que apoyaran abiertamente el proyecto martiano.

El capítulo referido a Cuba se cierra con un estudio bibliográfico de Elena Hernández Sandoica, «Cuba en el período intersecular: continuidad y cambio». El trabajo analiza a través de la historiografía producida acerca del tema los elementos de cambio y de continuidad en la relación entre *lo cubano* y *lo español* que implicó el *98* en la isla, específicamente como contrapeso frente a *lo norteamericano* que se impuso en la guerra de independencia. Acerca de este problema, la autora sostiene que aunque las investigaciones españolas recientes se han modernizado y han huido del trasnochado imperialismo que caracterizó hasta hace poco al americanismo hispano, y aunque es indiscutible la importancia de los referidos elementos de continuismo, éstos se han exagerado o, al menos, han ocultado los cambios. En su opinión, además, la razón del defecto anterior estriba en parte en el contexto material en el que se han realizado dichas investigaciones, con financiación oficial del Estado central o de diferentes Comunidades Autónomas de España interesadas políticamente en tales conclusiones.

Los trabajos referidos a Puerto Rico están firmados por Ute Guthunz y Wolfgang Binder respectivamente. El primero analiza «The Year 1898 in Puerto Rico: Caesura, Change, Continuation» y ofrece una respuesta kantiana para el problema planteado por W.L. Bernecker, examinando los «cambios en la conti-

nuidad» que se dieron en la isla caribeña tras pasar a los Estados Unidos al acabar la Guerra Hispano-Cubana-Norteamericana. U. Guthunz piensa que a pesar de las importantes transformaciones que ello supuso, éstas no lograron imponerse y en múltiples sentidos puede hablarse de un continuismo innegable que, en su opinión, pone de manifiesto que un excesivo control sobre un territorio tiene sus límites, como muestra el relativamente escaso éxito que ha tenido la colonización cultural de Puerto Rico.

W. Binder, por su parte, estudia en «Miles and More. 1898 and 'caballeros líricos': Luis Muñoz Rivera y José de Diego», la obra de dos literatos y políticos boriqueños, L.M. River y J. de Diego, que él entiende es un nítido reflejo de la ambigua situación en que quedó el país tras el *98* y particularmente del antagonismo y la lucha entre *lo español* y *lo norteamericano*. Ambos mantuvieron posiciones independentistas, pero mientras el primero mostró cierta resignación ante los hechos, el segundo se manifestó como un hispanista belicoso, ultraconservador, excluyente de los componentes culturales africanos y abiertamente opuesto a las reformas sociales y laborales.

Tres trabajos acerca de otros países en los que ese *98* concebido en un sentido amplio tuvo un efecto tal vez menos evidente que en Cuba y Puerto Rico, pero no por ello menos importante y transcendente, Colombia, Panamá y Haití, cierran la compilación de W.L. Bernecker. En el primero, Thomas Fischer analiza el «Fin de siglo en Colombia. La Guerra de los Mil Días y el contexto internacional». El autor examina la posición ante la guerra civil entre liberales y conservadores colombianos de algunos países vecinos, concretamente de Venezuela, Nicaragua y Ecuador, que respaldaron a los primeros, así como de algunas potencias extranjeras, como Francia, que apoyó a los segundos. Esto, empero, fue un hecho relativamente peculiar, pues por lo general las naciones europeas se mantuvieron neutrales y los Estados Unidos mostraron una posición ambigua. Aprovechando la debilidad de los conservadores —dice— trataron de obtener ventajas para sus intereses en el istmo panameño, a la sazón territorio de Colombia, e inicialmente no ampararon al movimiento secesionista surgido en la región que, además, se reforzó como consecuencia del propio conflicto civil. La conflagración —sostiene T. Fischer— determinó también que finalmente la administración norteamericana decidiese favorecer la independencia de Panamá, pues sólo tomó esa determinación después de que el Senado colombiano hiciese una lectura nacionalista y, en su opinión, errónea del Tratado Hay-Herrán sobre el istmo y lo declarase nulo.

Al contrario que T. Fischer, Alfredo Figueroa Navarro, «1898 y Panamá: ¿Cesura, cambio o continuidad?», explica el separatismo panameño como un fenómeno con raíces relativamente antiguas, presente tradicionalmente en la región y que reforzó la fuerte presencia de intereses extranjeros, y particularmente norteamericanos desde 1846, cuando el descubrimiento de oro en California y la anexión de vastos territorios en el Oeste tras la guerra con México, aumentó la importancia de la zona como camino más corto entre las costas oriental y occidental de los Estados Unidos, hecho que, además, dejó su impronta en un acuerdo sobre el área entre este último país y Colombia, el Tratado Mallarino-Bidlack. Entendiendo así las cosas y respondiendo a la cuestión planteada por el editor de la obra, el autor sostiene que el *98* supuso para Panamá, en realidad, «una ruptura dentro de la continuidad».

Cierra la compilación un trabajo del propio editor del libro, W.L. Bernecker, sobre «La inclusión de un Estado caribeño en la doctrina de la *western hemisphere*: el caso de Haití», en el que varios años más tarde de los hechos acaecidos en 1898 en el Caribe, los marines norteamericanos invadieron la mitad occidental de la isla de Santo Domingo, alegando como justificación de la defensa de la democracia y el restablecimiento del orden interno alterado por constantes conflictos civiles. El autor señala la contradicción entre esas intenciones manifiestas y ciertos intereses menos altruistas, como el temor a que Alemania, entonces enfrentada a Francia y Gran Bretaña en Europa, estableciese en territorio haitiano una base para su flota de guerra, o el proyecto de convertir al país —dice textualmente— en una *nueva Cuba*, fomentando el cultivo de tabaco y, sobre todo, de azúcar para la exportación, y rompiendo la tradicional orientación *hacia dentro* de su economía, en un momento en que el dulce cotizaba caro debido al conflicto europeo. Finalmente, W.L. Bernecker analiza los obstáculos que se presentaron para poner en marcha dichos proyectos y concluye afirmando que la ocupación fue rentable para los Estados Unidos, pero si de determinar su saldo se trata, predominaron las consecuencias negativas, en especial en lo que respecta al fracaso de los planes de modernización del país.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Visiting Felow of St. Antony's College, University of Oxford
Instituto Universitario Ortega y Gasset

CAGIAO VILA, Pilar: *Muller e emigración.* Xunta de Galicia. Santiago de Compostela, 1997, 202 pp.

El papel de la mujer como protagonista del proceso migratorio español, y más concretamente del gallego, ha sido olvidado o minimizado por la mayor parte de la bibliografía sobre movimientos migratorios peninsulares. La historiadora y especialista en migraciones gallegas, Pilar Cagiao, en colaboración con María Teresa García Domínguez, con el objetivo de llenar esta laguna, ha publicado, bajo el patrocinio de la Dirección General de Relaciones con las Comunidades Gallegas, un interesante e imprescindible libro para todos aquellos investigadores que desde la diversidad de los métodos de las Ciencias Sociales pretendan estudiar el proceso migratorio del pueblo gallego durante los cinco últimos siglos y el protagonismo destacado de sus mujeres de un lado y otro del Atlántico.

Este trabajo no es, como apunta su autora en la Introducción, el fruto de una investigación personal de campo, sino más bien una recopilación comentada de múltiples fuentes bibliográficas y hemerográficas recogidas por ella de entre las obras y artículos más valiosos y significativos que sobre la emigración gallega se han realizado hasta la fecha y en las que se aportan datos sobre el papel de la mujer en ese proceso. Las fuentes que cita Pilar Cagiao en su libro proceden de estudios académicos históricos, de la sociología, de la antropología social, de la de-

AQUINO, Emigdio, *José Carlos Mariátegui y el problema nacional,* México, UDUAL, 1997, 236 páginas.

El libro que reseñamos está basado en una prolija investigación, realizada en el Perú, durante una beca de investigación en la Universidad Nacional de San Marcos. Para realizarla, el autor estableció contactos y relaciones con una generación de mariateguistas que, alrededor de la familia Mariátegui y Empres Editora Amauta, mantienen en el Perú y en el extranjero el interés por el estudio de la vida y la obra de José Carlos Mariátegui. Su autor, el historiador mexicano Emigdio Aquino, profesor de la Universidad Autónoma de México, no sólo ha contado de esta manera con acceso a importantes fuentes documentales y testimoniales, sino que también estuvo en el Perú en un momento muy importante para los estudios sobre José Carlos Mariátegui: la conmemoración del centenario de su nacimiento, celebrada en 1994. Cabría destacar, dentro de lo señalado al respecto de nuestro autor, que en los úiltimos años el centro de la producción de investigaciones acerca de la vida y obra de José CarlosMariátegui ha girado del Perú hacia Europa y algunos de los más importantes países de América Latina. Este libro se inscribe, pues, al interior de este cambio de centro.

El libro está compuesto en total por cinco capítulos. El primero está dedicado al «Marco Histórico del Perú»; el segundo a «El marxismo, Mariátegui y el problema nacional»; el tercero a «El problema Nacional en el Perú»; el cuarto a «La vigencia de Mariátegui»; y, finalmente, el quinto a las «Conclusiones». El libro también cuenta con cuatro anexos que ayudan a ilustrar al lector no especializado sobre algunas de las tesis en él sostenidas; los integran la transcripción de los Principios Programáticos del Partido Socialista y el testimonio de Eliseo García, colaborador dde Mariátegui, realizado por el mismo Aquino, así como una cronología sumaria de la vida y obra de Mariátegui.

Respecto del primer capítulo, Aquino hace un repaso de la historia peruana desde el fin de la guerra del Pacífico, en 1883, hasta la muerte de Mariátegui en 1930. Concretamente, por un lado desarrolla la evolución económica y política del Perú y, por otro, su evolución intelectual y social, agrupándolo todo en tres acápites. En el primer caso realiza una periodificación en tres momentos: 1883-1895, que abarca al Tercer Militarismo; 1895-1919, conocido como la República Aristocrática; y 1919-1930, correspondiente al oncenio de Leguía. En el segundo hace un seguimiento de los intelectuales más representativos y sus ideas, y estudia cómo evolucionó la organización de los trabajadores peruanos.

En el segundo capítulo se hace un recuento del contexto internacional y latinoamericano en el que se enmarcan los escritos de Mariátegui, así como una formulación acerca

de lo que se define como «Problema Nacional», uno de los temas sobre los que volveremos más adelante. Respecto al tercero, es el capítulo central de la investigación en donde Aquino desarrolla y analiza las principales tesis de Mariátegui acerca del «Problema Nacional»; en cinco de sus cuatro acápites se estudian los problemas centrales de los planteamientos mariateguianos: el problema indígena y campesino; el carácter dual de la sociedad peruana; la polémica con otros planteamientos acerca del problema nacional; y la apuesta de Mariátegui por un Perú integral. En el capítulo cuarto se hace una valoración general de las propuestas de Mariátegui a través del análisis del problema de la vigencia de sus planteamientos. Por último, en el quinto capítulo se aportan las conclusiones de la investigación.

En cuanto a los aportes de la investigación de Aquino, queremos resaltar ciertos aspectos importantes, algunos de los cuales han sido dejados de lado por muchos investigadores de la vida y la obra de Mariátegui y que podemos resumir en una idea fundamental: la perspectiva integral del proyecto socialista de Mariátegui. En primer lugar, que este autor no sólo analizó la realidad peruana, lo que ha dado lugar a algunas interpretaciones acerca del carácter «nacional» del socialismo de Mariátegui. Como muy bien nos recuerda Aquino, Mariátegui ubicó el problema nacional del Perú dentro de contextos más amplios: la situación internacional, donde realizó importantes análisis acerca de la realidad europea (España incluida) y los países colonizados, especialmente de Asia; y la realidad latinoamericana, en particular los referidos a los problemas de la identidad y la cultura, resaltando los lazos que los unen, pero también los que los dividen.

En segundo lugar, resaltar al problema indígena y el problema agrario como central en su formulación del problema nacional del Perú. Desde su perspectiva marxista, Mariátegui consideraba que el campesinado indígena, en tanto trabajador, tenía un papel fundamental al lado de la clase obrera en el proyecto socialista. Esto que ahora podría ser evidente, en el Perú de entonces no lo era. En tercer lugar, el carácter integral del proyecto de Mariátegui. Contrariamente a una visión muy difundida, Mariátegui no era un «indigenista»: planteaba que para que el Perú dejara de ser una nacionalidad en formación, la tradición indígena debía ser incorporada a cualquier proyecto de construcción nacional al lado de la tradición española y de la tradición republicana (o criolla). Fórmula que sería recogida por José María Argeueedas, quien la resumió en su célebre frase «Un Perú de todas las sangres». Mariátegui, pues, no rechazó el aporte de las otras tradiciones históricas existentes en el Perú, sino que resaltó la necesidad de incorporar la tradición indígena a la cultura existente. Es en este sentido que Mariátegui encuentra puntos de encuentro con algunas posiciones indigenistas, pero esto no lo convierte en un indigenista. En cuarto lugar, el rescate de un concepto de suma importancia para entender el carácter integral del proyecto nacional de Mariátegui: el de tradición. Mariátegui disingue por ello entre «pasadismo» y «tradición». El primer término es concebido como algo ya establecido e inmutable, y que ha llevado a muchos nacionalismos a planteamientos «esencialistas» de la nación, que en el caso peruano se expresaba en las posiciones de los intelectuales de la generación del 900 que Mariátegui critica. El segundo, en cambio, es concebido como algo móvil y cambiante, que se desarrolla a partir del proceso histórico de cada país. Es en ese sentido que Mariátegui habla, insistimos, de una «nacionalidad en formación», ya que la tradición indígena no había sido incorporada a la «tradición nacional».

Como balance general, podemos señalar que se trata de un libro bien logrado y prolijamente desarrollado, y que da aportes importantes para la continuación del debate tanto

acerca de los planteamientos de José Carlos Mariátegui como de su importancia para el análisis de los problemas contemporáneos de América Latina en el actual contexto internacional. Aportes que hemos resaltado en las líneas anteriores. Pero como toda obra que aporta al debate, queremos también señalar algunas discrepancias y matizaciones a sus planteamientos.

En primer lugar nos referiremos a las características de la obra de Mariátegui, y seguidamente a las bases teóricas y metodológicas de la investigación. En cuanto a las características de la obra del pensador peruano, habría que resaltar que se trata de trabajos formulados desde el periodismo y la ensayística. Nada más lejos de las intenciones de Mariátegui que realizar una obra con el fin de formular un cuerpo cerrado de doctrina. Como él mismo señaló en los *Siete Ensayos,* no consideraba que sus planteamientos estuvieran terminados, y habría que volver sobre ellos cuantas veces fuera necesario para desarrollarlos. La impresión que da la investigación de Aquino es que Mariátegui hubiera dejado formulado un *corpus* teórico que pudiera ser resumido y utilizado como una metodología a seguir. Mariátegui no sólo tenía una concepción heterodoxa del marxismo, sobre cuyo tema Aquino no se detiene, sino además alejada de todo cientificismo propio tanto del socialismo socialdemócrata como del marxismo soviético. No hace alusión, por ejemplo, a influencias incómodas para cualquier marxismo ortodoxo como las de Sorel o Bergson. Más bien presenta al marxismo de Mariátegui como una continuidad lineal de las obras de Marx, Engels y Lenin, que están obviamente presentes en la obra de Mariátegui, pero no son las únicas. En ese sentido, no se recogen los aportes de algunos importantes mariateguianos, como por ejemplo los escritos de Alberto Flores Galindo, que constantemente resaltó el carcter antidogmático de la obra de Mariátegui, lo que le llevó a polemizar con la Tercera Internacional o el Comintern. Es en ese sentido que debe entenderse la vigencia de la obra de Mariátegui: como una obra abierta que debe ser continuada con la misma creatividad con que él la hizo para interpretar la realidad peruana y transformarla.

En cuanto a las bases teóricas y metodológicas de la investigación, es claro que ésta se inscribe por un lado en la tradición marxista y, por otro, dentro de la teoría de la dependencia, perspectivas que no son cuestionables en sí mismas pero que plantean problemas en el campo de la teoría y la metodología. En cuanto a lo primero, el problema central es el de seguir caracterizando a las clases sociales y a los intelectuales como sujetos homogéneos que se comportan en función de sus inmediatos intereses de clase. La realidad es siempre más compleja, y por ello aplicar este esquema al problema nacional lleva a caracterizar tanto a los partidos políticos y a los intelectuales de «nacionales» y de «antinacionales». Es desde esta perspectiva que los debates de Mariátegui con intelectuales como Víctior Andrés Belaúnde o Haya de la Torre no son entendidos en su complejidad. En cuanto a lo segundo, también se ve patente en el análisis del problema nacional con respecto al imperialismo, en donde las clases dominantes son percibidas como meros títeres de las grandes potencias internacionales. Por otro lado, respecto al problema nacional mismo implica asumir un enfoque donde la nación es sólo resultado de una revolución burguesa y del desarrollo del capitalismo, procesos que debieron haberse producido con la independencia a principios del siglo XIX. De esta manera, se sigue una concepción lineal de la evolución histórica cuyo modelo se basa en los procesos de construcción nacional de Europa occidental. Que este enfoque no es asumido por Mariátegui es claro cuando analiza la complejidad de la realidad peruana, donde el desarrollo del capitalismo no había implicado la desaparición de estructuras no capitalistas sino que más bien las había repro-

ducido. También se expresa en que la base del proyecto socialista de Mariátegui era recuperar la tradición comunitaria de las comunidades campesinas, tema tampoco tratado en el libro, y que fue asimismo punto de fuertes debates no sólo con la Tercera Internacional sino también al interior del propio Partido Socialista. Desde una perspectiva modernizadora, el campo y la comunidad campesina representaban el atraso del país y debían desaparecer. Mariátegui más bien planteaba recuperarlos para el proyecto socialista. ¿Es este planteamiento hoy vigente?

Estos comentarios no quieren desmerecer de ninguna manera los aportes del libro, sino, como señalábamos anteriormente, continuar con un debate que sigue abierto y que es siempre bienvenido.

Ricardo PORTOCARRERO GRADOS
Pontificia Universidad Católica del Perú

BÖTTECHER, Nikolaus y HAUSBERGER, Bernd (editores), *Dinero y negocios en la historia de América Latina. Geld and Geschäft in der Geshichte Lateinamerikas. Veinte ensayos dedicados a Reinhard Liehr*, Frankfurt am Main y Madrid, Vervuet-Iberoamericana, Bibliotheca Ibero-Americana, 2000, 552 páginas, índice general y de autores, gráficos, cuadros, mapas y bibliografía, prólogos de Nikolaus Böttecher y Bernd Hausberger y de Günter Vollmer y datos biográficos y bibliografía de Reinhard Liehr.

Reseñar un trabajo colectivo es siempre una tarea complicada, pero más aún en el caso que nos ocupa. Bajo un título tan amplio como *Dinero y negocios en América Latina*, Nikolaus Böttecher y Bernd Hausberger reúnen una veintena de artículos muy distintos; acerca de problemas, áreas o países, y momentos históricos muy diferentes; tan diferentes como las metodologías y presupuestos teóricos usados por los autores para abordarlos. Con esos precedentes, es obvio, pero a la vez necesario señalar que la obra, al igual que cualquier otra de este tipo, incluye estudios de muy diversa calidad. La razón de la compilación, además, no es estrictamente temática, al menos no solamente, sino rendir homenaje a la labor del historiador Reinhard Liehr, lo que tampoco ayuda a su unidad y coherencia. A ello hay que añadir, finalmente, que haber optado por incluir los textos en cuatro idiomas —castellano, alemán, inglés y portugués—, dificulta también el acceso a la totalidad de sus contenidos a la mayoría de los lectores interesados en los temas tratados.

No obstante lo dicho anteriormente, *Dinero y negocios en América Latina*, aparte del indudable valor que algunos de sus artículos tienen para el conocimiento de ciertos temas específicos tratados en el mismo, es interesante como muestra del tipo de problemas que atraen actualmente la atención de los historiadores de la economía latinoamericana, y de las teorías y métodos de trabajo e investigación en uso. Aunque con ciertas limitaciones que exponemos a continuación, en mi modesta opinión, la obra ofrece una visión bastante completa del panorama historiográfico, fundamentalmente para el estudio de algunas cuestiones, como la historia empresarial, del comercio internacional o de las instituciones económicas, aunque particularmente centradas en el área novohispana colonial y mexicana independiente.

Acerca del valor muestral de la compilación de Böttecher y Hausberger es necesario decir también que incluye otras dos limitaciones. En el orden estrictamente espacial, a pesar de la mencionada concentración temática en el área del antiguo Virreinato de la Nueva España, incluye artículos acerca de áreas y/o países como Perú, Venezuela, Bolivia, Paraguay, Cuba o Brasil, pero también excluye completamente otros, algunos de enorme importancia intrínseca e historiográfica, como la Argentina. La segunda limitación es la ausencia de los estudios que emplean métodos econométricos para mejorar el conocimiento del pasado; procedimientos muy poco habituales en la investigación tradicional sobre las economías latinoamericanas, pero que en las últimas décadas están generando trabajos muy interesantes.

El libro comienza con una introducción de los editores y una especie de prefacio a cargo de Günter Vollmer acerca de la obra de Liehr, al que sigue una relación de sus trabajos y datos biográficos más importantes. Como corolario, además, la compilación concluye con un ensayo de Horst Pietschmann sobre la «Globalización y mercado de trabajo: la perspectiva del historiador de larga duración», en el que el autor apunta algunas conclusiones que ofrece el estudio de la historia para explicar el actual y controvertido problema de la mencionada globalización. Pietschmann señala que la único modo de superar el nivel de decisión político-económico nacional es la agrupación internacional de países, especialmente con criterios regionales, pero que para ser practicables, dichas agrupaciones deben realizarse teniendo en cuenta los problemas nacionales y, particularmente, las demandas sociales internas de los Estado que las forman.

Además, del ensayo de Pietschmann, *Dinero y negocios en América Latina* incluye otros dos artículos, los firmados por Enrique Otte y Mariano Torres Bautista, muy diferentes del resto de los trabajos del libro que, de un modo u otro, es posible agrupar en grandes bloques temáticos, en función de su objeto de estudio. Otte estudia «La mujer de Indias en el siglo XVI». Básicamente, el autor comenta la historiografía, el estado de la cuestión y las fuentes disponibles para la investigación de un tema que ha merecido poca atención hasta el momento. Torres Bautista, por su parte, analiza «La valorización del patrimonio cultural. El caso del patrimonio industrial en América Latina»; es decir, las posibilidades que ofrece la infraestructura concebida en su momento con propósitos productivos y ahora en desuso por distintas razones, para albergar y potenciar actividades de carácter social y cultural, que en su opinión son enormes.

La mayor parte de los trabajos compilados en el libro, como señalamos anteriormente, se dedican al estudio de la Nueva España o México. Dos de ellos, además, abordan problemas relacionados con la producción y el comercio del cacao: Ursula Thimer-Sachse, «Wer war oder ist der 'Señor del Cacao'. Kakaobohnen als währrung im Vizekönigreich Neuspanien», y Günter Vollmer, «Über den wechselkurs von cacaobohnen und den preis der schokolate. Ein mexikanisches problem». Otros dos artículos se dedican a aspectos relacionados con la minería: Eduardo Flores Clair: «Utopía y realidad. Proyectos para financiar la minería novohispana (1777-1783)», y Brígida Von Mentz, «La organización y el abasto de insumos de una empresa minera en Zacatecas al fines del período colonial e inicios del independiente». Los capítulos firmados por Antonio Ibarra, «El Consulado de Comercio de Guadalajara, 1795-1821. Cambio institucional, gestión corporativa y costos de transacción de la economía novohispana», y Jorge Silva Riquer, «Mercado y comerciantes de la ciudad de México, 1830-1840», como sus títulos indican, se interesan por temas comerciales, esencialmente del mercado interno de las grandes ciudades mexicanas,

aspectos que también definen el contenido del texto de Rosa María Meyer Cosío sobre «Francisco Iturbe: del comercio local a las finanzas nacionales, 1809-1861», aunque éste último indaga sobre un caso personal concreto. Finalmente, un octavo trabajo dedicado al Virreinato novohispano es el de Bernd Hausberger, titulado «Ein silberayfkäufer macht bankrott. Anmerkungen zu kredit, schulden und preisen im nordwestlichen Neuspanien».

Los problemas relacionados con el marco institucional, que han merecido mucha atención en las últimas décadas y cuyo estudio se reforzó tras la concesión del Premio Nobel a Douglass C. North, y la historia empresarial, esencialmente casuística, y generalmente en relación con el tema anterior, son los asuntos más abordados en la compilación. Flores Clair, por ejemplo, piensa que las necesidades de capital de la minería novohispana en las décadas de 1770 y 1780 provocaron un proceso de concentración de las compañías, pero también hicieron patente la urgencia de reformas institucionales que modificasen el rígido monopolio de la Corona, algunas de las cuales se realizaron con relativo éxito. Von Mentz, por otro lado, analiza una firma minera de Zacatecas en los años finales del dominio español, y destaca la eficiencia de su funcionamiento, lo que pone en tela de juicio algunos tópicos habituales en la historiografía sobre el sector, como las dificultades que para una buena gestión implicó el absentismo de los propietarios, muy común en esa actividad productiva, o la corrupción administrativa y los sobornos, práctica normal que no siempre fue en detrimento de dicha eficiencia y sobre la que se han realizado muchas afirmaciones con poco fundamento.

Analizando la figura y la trayectoria de Iturbe, Meyer Cosío, destaca también las dificultades de índole institucional que tuvieron que enfrentar los empresarios mexicanos en el inicio del siglo XX. Las crisis financieras endémicas que padeció el país —dice—, se fueron agravando con el tiempo y terminaron perjudicando los negocios que, incluso, habían surgido o prosperado en ocasiones aprovechando esas circunstancias. Unidas a las combulsiones políticas de la nación y a las necesidades financieras del Estado, cada vez más difíciles de satisfacer, condujeron a los gobiernos a utilizar procedimientos coercitivos para obtener recursos que perjudicaron las actividades económicas, llegando a extremos como el encarcelamiento del citado Iturbe y de otros empresarios que se negaron a aceptarlos.

Los trabajos de Ibarra y Silva Riquer estudian también las condiciones institucionales del comercio interno en dos grandes ciudades mexicanas, México capital y Guadalajara. Ibarra aplica lo que él llama la *teoría neoinstitucionalista* para explicar la función y el desarrollo de los Consulados de Comercio en el inicio del siglo XIX, y llega a la conclusión de que la acción de esos organismos, a pesar de las dificultades del contexto histórico en que desarrollaron su actividad, fue positiva y significó cambios decisivos en el mercado y en los modos de actuación de los agentes económicos. Silva Riquer llama la atención sobre los problemas que la magnitud que el mercado mexicano implicó para el desenvolvimiento de estos últimos en las décadas de 1830-1840. En dichas circunstancias, el autor resalta que la característica más llamativa fue la continuidad de las prácticas mercantiles respecto al período colonial, lo que en su opinión se explica debido a que esa fue quizás la opción más racional, entre otras cosas, como consecuencia de que tal continuidad fue también el rasgo predominante en la legislación comercial y en la administración en general.

Colin M. Lewis estudia problemas similares a los anteriores –la relación entre el desenvolvimiento empresarial privado, el marco institucional y la acción del Estado–, aunque en un país, en una época y en un sector distintos: «Regulating the Private Sector: Government and Railways in Brazil, c. 1900». Como Pietschmann, Lewis propone obte-

ner lecciones del conocimiento histórico para situaciones del presente: el futuro de las compañías ferroviarias. El ferrocarril –dice– no fue en el caso brasileño un factor de anticipación al crecimiento, ni tuvo una función destacada de fomento e impulso de la economía, pero ello se debió a las limitaciones de la estructura económica nacional, y la gestión privada no resolvió los problemas de eficiencia y rentabilidad que en general tuvieron las líneas como consecuencia de la ausencia de condiciones institucionales adecuadas. Esta conclusión coincide, además, con las del reciente libro de Jesús Sanz (coord.) *et al.* (*Historia de los ferrocarriles en Iberoamérica, 1837-1995*, Madrid, Ministerio de Fomento, 1998), para casi todos los países de América Latina.

*Dinero y negocios en América Latina* incluye un segundo trabajo sobre Brasil que, además, junto a los de Ibarra y Von Mentz es representativo del reciente interés por potenciar los estudios regionales y locales. Se trata del artículo de Mattias Röhrig-Assunçao acerca de la «Exportaçao, mercado interno e crises de subsistência numa provincia brasileira. O caso do Maranhao, 1800-1860».

Exceptuando el artículo de Barbara Potthast, «Bäuerliche wirtschaft und die rolle der frauen: Paraguay im 19. Jahrhundrt», el resto de los trabajo de la compilación están dedicados al área andina y/o al comercio internacional o a las relaciones económicas de los países de ese área, del Imperio Español en general, o del Caribe hispano con las grandes potencias europeas y con los Estados Unidos.

Menos el trabajo de Jügen Golte, «Zur bedeutung von ferhandelsbezeihungen in der geschichte der Anden», los textos dedicados al área andina examinan aspectos relativos al comercio internacional en la primera mitad del siglo XX. León E. Bieber, «El comercio germano-boliviano 1936-1939. Un fracaso singular en el contexto del comercio de compensación de Alemania con América Latina», destaca la coincidencia en los últimos años de la década de 1930 del interés germano por ampliar sus negocios en América Latina, y de la intención de los gobiernos bolivianos por romper los monopolios de las grandes empresas mineras norteamericanas y aplicar una especie de socialismo de Estado. El acercamiento de ambas naciones no dio los resultados esperados —dice el autor— debido a hechos más o menos circunstanciales como el suicidio del presidente Busch o el inicio de la Segunda Guerra Mundial, pero, piensa que en el fondo se habrían frustrado de todos modos.

Michael Zeuske, que indaga también en los intereses germanos en América Latina, estudia los «Trasfondos del conflicto de 1902: política, cónsules y comerciantes alemanes en las Venezuelas en el siglo XIX»; conflicto bien estudiado en su conjunto, según el autor, pero del que se desconocían los detalles de las complejas relaciones políticas internacionales y comerciales que lo motivaron.

Finalmente, Rory Miller, «British Business in Peru. From the Pacific War to the Great Depression», analiza el problema de las relaciones británico-peruanas que, según él, en esa época destacaron por su idiosincrasia en relación con el resto de los países latinoamericanos; Renate Pieper estudia «Imperium und Finanzpolitik im 18. Jahrundert. Spanien und England im vergleich», y Nikolaus Böttecher, «Trade, War and Empire: British Merchants in Cuba, 1762-1796», artículo en el que se revisa la importancia que para el crecimiento de la economía cubana de finales del siglo XVIII y principios del XIX tuvo la toma de La Habana por los ingleses.

Antonio Santamaría García
Instituto de Historia, CSIC

CAGNI, Horacio, *La Guerra Hispanoamericana y el inicio de la globalización,* Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Estratégicos, IXBILIA-Universidad de Sevilla, OLCESE Editores, 1999, 102 páginas, bibliografía, fuentes e índice. Prólogo de Abel Posse.

1898 es una de las fechas con mayor simbolismo y proyección de la historia contemporánea mundial. Por eso, la historiografía que ha generado la reciente conmemoración de su centenario se ha caracterizado por su vastedad, pero también por una considerable heterogeneidad temática. Cuando analizamos con Consuelo Naranjo Orovio los estudios dedicados al tema en los últimos años (1996-1999), señalamos que la trascendencia del problema, espacial y temporalmente hablando, era uno de los aspectos que más interés había despertado en las obras dedicadas al asunto [Antonio Santamaría García y Consuelo Naranjo Orovio, «*El '98* en América. Últimos resultados, tendencias recientes de la investigación y bibliografía», *Revista de Indias,* volumen LIX, número 215 (enero-abril, 1999), páginas 215-274].

La obra de Horacio Cagni, *La Guerra Hispanoamericana y el inicio de la globalización,* puede ser clasificada entre la producción historiográfica sobre *el 98* como uno de los estudios interesados en los hechos acontecidos en los años finales del siglo XIX, y concretamente en la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana, por sus implicaciones posteriores. Además, en sus páginas incluye también un pequeño ensayo acerca de «algunas opiniones argentinas» sobre el conflicto, lo que se justifica por el origen del autor y el lugar de edición del estudio, no obstante debemos señalar que, generalmente por esas mismas razones, este es otro aspecto —la proyección del problema en países que no estuvieron directamente implicado en los referidos hechos— que ha despertado mucho interés en la investigación. Por ejemplo, poco antes de la publicación del libro que ahora nos ocupa, Sylvia L. Hilton y Steve J.S. Ickringuill editaban un trabajo con contribuciones de varios historiadores titulado: *European Perceptions of the Spanish-American War of 1898* (Bern, Berlin, Bruselas, Frankfurt, Nueva York y Viena, Peter Lang, 1999), el cual reseñamos también para la *Revista de Indias.*

El libro de Horacio Cagni es un trabajo bastante bien concebido en mucho sentidos, breve, con utilidad divulgativa, articulado en torno a una tesis central con la que se puede estar más o menos de acuerdo, pero que se fundamenta dignamente y que, además, se matiza con otras posibilidades entre las que, además, se ofrece como una contribución con carácter complementario. En opinión de Abel Posse, que prologa el estudio, dicha tesis es «una parábola útil»; útil por su valor explicativo y parábola por su referida proyección del significado del 98 a acontecimientos actuales, como la Guerra del Golfo y el conflicto de los Balcanes.

La razón con la que autor fundamenta su *proyección parabólica del 98* hispanoamericano es que, en su opinión, el acontecimiento puede ser considerado históricamente como el hito que marcó el inicio de lo que él denomina la «globalización» norteamericana. La tesis que Horacio Cagni sostiene es que, a pesar de las muchas explicaciones que se han dado sobre la guerra entre España y los Estados Unidos e, incluso, sin contradecir muchas de ellas, «los poderes indirectos fueron los auténticos impulsores» del conflicto, y estos mismos pueden ser considerados también los principales promotores de la intervención armada de aquel país en el Golfo Pérsico, en la antigua Yugoslavia, y en otros lugares del planeta desde finales del siglo XIX hasta hoy en día. Poderes —en opinión del autor— que

desde la finalización de la Guerra de Secesión, se mostraron interesados en una agresiva expansión internacional de su nación para el beneficio de sus propios intereses, pero que quisieron y supieron enmascararla con atributos como la extensión de la civilización, de la democracia y de la libertad estadounidenses y, más recientemente, con motivos humanitarios.

Para un historiador, oficio de quien reseña estas páginas, una explicación de los hechos como la que propone Horacio Cagni es muy discutible, esencialmente debido a que supone estático uno de los factores explicativos del problema, y, además, no uno cualquiera, sino el más importante. Básicamente, y a pesar de los matices que introduce en ciertos momentos, considera prácticamente inmutables los referidos «poderes indirectos» o fácticos —denominación más usual en castellano—. No obstante, en lo que en un estudio con pretensiones mayores y más páginas podría considerarse un defecto insalvable, en una obra breve, ensayística —a pesar de que utiliza una relativamente abundante documentación de primera mano— que, como ya señalamos, se concibe como una contribución complementaria al entendimiento del tema, no sólo elude en nuestra opinión ese problema, sino que consigue dignamente su objetivo de ofrecer al lector una interesante aportación historiográfica.

Además del referido análisis sobre algunas opiniones argentinas acerca del conflicto hispano-cubano-norteamericano y de su significado y proyección para entender otros acontecimientos más actuales de la acción internacional de los Estados Unidos, *La Guerra Hispanoamericana y el inicio de la globalización,* examina brevemente sus antecedentes y la conflagración en sí misma, su significado dentro el enfrentamiento entre aquél país y los europeos, los fundamentos geo-políticos e ideológicos del tema, y el «desastre» visto desde España. El trabajo termina con una relación breve pero suficiente de las fuentes y la bibliografía.

Antonio Santamaría García
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Contreras, Carlos y Cueto, Marcos, *Historia del Perú Contemporáneo,* Lima, Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 1999, 312 páginas.

En estos últimos años se ha producido un inusual interés por reinterpretar la historia del Perú republicano, siendo ejemplos de ello libros como el de Nelson Manrique, *Nuestra Historia: Historia de la República,* Lima, Cofide, 1995 y el de Franklin Pease, *Breve Historia del Perú Contemporáneo*, México, FCE, 1995. La *Historia del Perú Contemporáneo* que ahora han escrito Carlos Contreras y Marcos Cueto se suma a esta revisión sintética, motivada, en palabras de ambos autores, por los nuevos hallazgos que la investigación ha producido en los últimos quince años, por el cambio de paradigmas teóricos que lo anterior ha supuesto y por la nueva coyuntura política, social y cultural que vive el país al culminar el siglo XX. El eje de este relato es el análisis de la propuesta y aplicación de los cuatro proyectos políticos que habrían marcado el rumbo del Perú en estos dos últimos dos siglos: 1) el proyecto de los libertadores y la primera generación

republicana (1821-1869), 2) el proyecto liberal del civilismo (1870-1930), 3) el proyecto nacional, populista e indigenista (1930-1989) y 4) el proyecto neoliberal (1990 hasta la actualidad). A lo largo de los diez capítulos en que está dividida la obra, ambos autores combinan el análisis y el ensayo interpretativo sobre el mero dato cronológico. Además introducen nuevos enfoques que han contribuido a enriquecer el conocimiento acerca del pasado reciente peruano como la historia de la ciencia o la demografía histórica. En este aspecto ambos demuestran un dominio absoluto de la extensa bibliografía reciente, exclusivamente editada en castellano, que se incorpora al final de cada capítulo. Además cada cierto tiempo el lector se encuentra con unos recuadros didácticos que a través de breves testimonios de la época o datos estadísticos procuran reforzar adecuadamente lo argumentado en las páginas principales. En general este es un libro estupendo por su claridad y perspectiva que, por eso mismo, invita a la polémica.

Si bien es cierto los autores anuncian una postura equidistante tanto de la historia política tradicional como de la historia «estructural», economicista y dependentista, conforme se avanza en la lectura se aprecia cierto tributo metodológico con el esquema evolutivo propuesto en *Clases, Estado y Nación* de Julio Cotler, polémica obra que, paradójicamente, no aparece mencionada en la bibliografía y que pese a sus defectos visibles fue un horizonte referencial de muchos historiadores. Tal como antes lo formulara Cotler, el Estado sigue siendo el gran protagonista de la *Historia del Perú Contemporáneo,* bajo una careta patrimonial y rentista entre la independencia y el estallido de la guerra del Pacífico (1879-1883); oligárquica, modernizadora y populista entre 1895 y 1968; corporativa, nacionalista e intervencionista entre 1968 y 1980 y, por último, neoliberal y privatizadora entre 1990 y 1999. Sobre este gran escenario se reconstruye el papel del resto de los protagonistas (los caudillos y partidos políticos, el Ejército, la Iglesia, los intelectuales y, por último, la sociedad civil). Contreras y Cueto, tal vez conscientes de su proximidad con la visión del Perú de Cotler, señalan casi al terminar el libro que su énfasis fue resaltar la riqueza de los proyectos políticos con el ánimo de contraponerse a visiones «en las que se sugirió, por lo contrario, la carencia de elites dirigentes» (p. 311), en alusión directa al lamento de aquel sociólogo acerca de la inexistencia en el país de una burguesía dirigente y nacional. Uno de los aportes de este libro es precisamente recoger las investigaciones de Paul Gootenberg, Alfonso Quiróz, Rosemary Thorp y Geoff Bertram que desde el punto de vista económico demostraron lo exagerado de tal afirmación. Ello les conduce a la relectura del papel de las clases dirigentes, por ejemplo cuando se afirma que la «república aristocrática» entre 1895 y 1920 no lo fue tanto, en la medida que la actuación de los potentados fue más bien propia de una burguesía orientada a la inversión bursatil, las finanzas o el comercio antes que la vía rentista (p. 124). En el balance global, a juicio de estos autores, el camino hacia la conformación de un mercado interno, hecho que comenzó a acelerarse en la década de 1920, fue un logro del Estado moderno tras los fracasos del siglo XIX, alcanzándose una economía diversificada y una relativa industrialización.

Uno de los aspectos quizás más polémicos de esta síntesis es el tratamiento que se hace de la historia política. Los autores plantean que junto con la creación de un mercado interno, los proyectos políticos deberían haber conducido paulatinamente a la formación de una comunidad de ciudadanos. Los obstáculos más relevantes para alcanzar dicho objetivo eran la herencia colonial (la fragmentación histórica de la estructura social con la formación de una sociedad dualista que enfrenta a descendientes de las culturas colonizadora y colonizada), la geografía agreste y difícilmente comunicable y la situación desventajosa

dentro del marco del nuevo sistema mundial. De todos ellos, se asume a la herencia colonial como el obstáculo más difícil de superar. En ella quedan comprendidas además el arcaismo de la vida urbana, las haciendas rurales; las elites, el derecho escrito; la Iglesia y las técnicas productivas, la explotación de los indios y hasta el mestizaje. Tal como sostuvieron ya desde muy temprano los primeros escritos de historia del siglo XIX, una tradición continuida por la historiografía criolla del siglo XX, de España nada positivo se hereda y todo se tenía que derruir. Sin embargo, hay aspectos si se quiere positivos de este legado histórico que comienzan a ser estudiados y que no han sido incorporados en el libro. Por ejemplo, la estructura electoral de las Cortes de Cádiz, uno de los más importantes soportes del liberalismo constitucional de 1812, persistió en el país andino con algunas modificaciones hasta 1895. La modernidad política tal y como se practicó en Perú durante el siglo XIX tuvo un referente español quizás inconfesable debido al riesgo de ser acusado de hispanista. La incomprensión de este hecho conduce a que en algunas páginas del libro se hable de la exagerada prolongación de las elecciones presidenciales de 1871 (p. 125), cuando en realidad los procedimientos de la elección indirecta así lo exigían. Los autores, si bien llegan a reconocer que el voto indígena y analfabeto llegó a practicarse entre 1849 y 1895 (p. 77), no vinculan esa situación con el legado gaditano. Si bien es cierto que de este sistema se beneficiaron los caciques políticos, peor fue el remedio a este problema sancionado con la ley electoral de 1896, que redujo la población electoral y centralizó su control en Lima. Convendría relativizar que durante la «república aristocrática» la estabilidad y la continuidad política fueran sus rasgos más visibles (p.163-164), ya que nunca antes como en aquella coyuntura las elecciones fueron tan violentas. La explicación de este fenómeno fue la exclusión del contrario que practicó el partido civilista gracia al control que ejerció sobre el Jurado Electoral Nacional, y por parte de los perjudicados, la adopción de la abstención política, en el caso de los demócratas, cuando no la actuación desestabilizadora, en el caso de los liberales. En este marco, no resulta exagerado atribuir a este sistema pernicioso el engendro de un personaje como Augusto B. Leguía, cuya dictadura entre 1919 y 1930 procuró su preservación en el poder destruyendo a todos sus contendientes. Ello contribuyó a alimentar en los militares el mito de que los civiles no sabían gobernarse, siendo ese uno de los pretextos usados por los dictadores para asumir el papel de salvadores de la patria desde los años treinta. Así lo refleja el recorrido de Contreras y Cueto por los años más recientes de la historia política, entre 1930 y 1998, cuya base de referencia son los análisis sociológicos en una prueba de que los historiadores aún no se atreven a traspasar la frontera de los años treinta.

Otros temas desarrollados por la «nueva» historia política que no aparecen resaltados en el texto son la evolución de las asociaciones públicas y políticas, es decir, el ingreso de la sociedad civil en la esfera moderna al margen de los condicionantes estatales. Sobre esta materia ya hay varios trabajos publicados (Carlos Forment, Ulrich Müecke) que concentran su atención en las instituciones de la segunda mitad del siglo XIX. El balance general que se puede extraer es que la historia política tiene aún un mucho campo de desarrollo con temas como la historia del parlamento, más estable de lo que se supone, los partidos políticos, tan importantes algunos como el civilista, las municipalidades, etc. Por otro lado, ambos autores hacen una breve alusión al conflicto con España de 1864 a1866, el mismo que no se puede entender sin mencionar el liderazgo asumido por el Perú desde los años cincuenta en el proyecto de la Unión Americana, instancia que debía unir contra la ingerencia europea, además, a Chile, Bolivia y Ecuador. El conflicto bélico de 1866 tuvo un

trasfondo diplomático y hasta romántico, un verdadero duelo consecuencia de injurias mutuas, que aún espera un estudio desapasionado. En general, la historia diplomática no ha sido tema predilecto de la historiografía reciente, y eso se advierte en el libro de Contreras y Cueto. Sobre la historia cultural, es decir el desarrollo de las artes, la literatura o la misma fotografía, los autores utilizan la bibliografía esencial, aún breve, que existe sobre el tema y hacen evidente la necesidad de más exploraciones en este terreno.

Puede concluirse que el libro de Contreras y Cueto es un manual de los más útiles que se han escrito hasta ahora para comprender los obstáculos que tuvo que enfrentar la «promesa» republicana. Invita a la reflexión, es ágil en su lectura, ameno y proporciona una importante síntesis interpretativa de la realidad peruana. Su lectura dirigida a las nueva generaciones que transitan hacia el siglo XXI, es también recomendable para quienes por primera vez se adentran a estudiar la historia reciente peruana.

Víctor PERALTA RUIZ
CSIC, Madrid

MALUQUER DE MOTES BERNET, Jordi, *España en la crisis de 1898. De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX,* Barcelona, Editorial Península (Colección Historia, Ciencia y Sociedad, número 287), 1999, 233 páginas, índice, bibliografía, cuadros y gráficos.

*España en la crisis de 1898* es un libro en el que confluye el resultado de varias líneas de investigación desarrolladas a lo largo de varios años por Jordi Maluquer de Motes y que hasta el momento se habían materializado en artículos, capítulos de obras colectivas, incluso en algún libro, como por ejemplo *Nación e inmigración: españoles a Cuba (siglos XIX y XX)* [Gijón, Júcar, 1992], «La financiación de la Guerra de Cuba y sus consecuencias sobre la economía española. La deuda pública» [en Consuelo Naranjo, Miguel Ángel Puig-Samper y Luis Miguel García Mora (eds.), *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98.* Aranjuez, Eds. Doce Calles, 1996, pp. 317-330] o «Las consecuencias económicas de la guerra de independencia. Un primer acercamiento» [en María R. Rodríguez (coord.): *1898. Entre la continuidad y la ruptura,* Morelia, Universidad Michoacana San Nicolás de Hidalgo, 1997, pp. 164-184].

Los múltiples intereses que a lo largo de los años ha mostrado el autor por distintos problemas de la historia económica de Cuba y España a finales del siglo XIX explican la peculiaridad del un libro que, de otro modo, podría parecer algo desordenado. Lo que Maluquer de Motes se propone es contribuir a aclarar algunas de las cuestiones que todavía suscita el problema de la modernización española y, fundamentalmente, el efecto que las guerras de Ultramar y la pérdida de las últimas colonias americanas y de Filipinas tuvieron en la misma.

La historiografía lleva años cuestionando que la pérdida de las últimas colonias americanas y de Filipinas fuese un desastre para la economía española. Lo cierto es que el período en que aquélla se produjo fue relativamente positivo para esta última. Leandro Prados

de la Escosura en *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1870-1930)* [Madrid, Alianza, 1988] expuso incluso la hipótesis de que dicha pérdida podría haber tenido un efecto modernizador, fundamentalmente político-institucional, similar al que tuvo la del resto del imperio indiano ochenta años antes, según demostró Joseph Fontana en *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)* [Barcelona, Ariel, 1971].

El hecho de que el crecimiento y la modernización de la economía española no se detuviesen en el período en que se perdieron las últimas colonias americanas y Filipinas, sin embargo, no implica necesariamente que no se viesen afectados por dicha pérdida, menos aún que ésta los favoreciese. Tampoco es posible afirmar que la preservación de los territorios de Ultramar no hubiese significado una aceleración de ambos. Al menos nadie lo ha demostrado hasta ahora.

Dentro del debate historiográfico referido anteriormente de manera muy sucinta, *España en la crisis de 1898. De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX,* aunque su título podría inducir a pensarlo, no resuelve los grandes problemas enunciados, pero representa una relevante contribución al conocimiento del tema y aporta precisión a muchas cuestiones, cuya discusión se había mantenido en un plano más especulativo hasta el momento. En los capítulos iniciales, el autor demuestra que las expectativas de la opinión pública sobre el resultado de la guerra en Cuba estuvieron bien reflejadas en la evolución de las cotizaciones bursátiles, particularmente de los títulos de deuda emitidos para financiarla, y que el mercado se mostró muy sensible a las noticias que llegaban sobre la actitud de los Estados Unidos ante el conflicto, que fue la variable más determinante en el estado de esa opinión. Maluquer de Motes examina también el capital humano implicado en la contienda, confirma la desproporción de los dos ejércitos en liza y matiza las cifras de bajas. Estima que perdieron la vida 170.000 criollos y 55.000 españoles en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, aproximadamente, cantidad que apenas incidió en el crecimiento poblacional de España y que, incluso, no es muy grande en comparación con el saldo de mortalidad dejado por la Guerra de los Diez Años en la primera de aquellas tres islas (1868-1878) o por epidemias como la gripe de 1918-1919. Finalmente, señala también que el número de muertos fue mayor entre los soldados nacidos en las regiones de la periferia del país, lo que ocasionó grandes suspicacias sobre las diferencias en el reclutamiento.

Otra de las conclusiones de *España en la crisis de 1898* es que la financiación de las guerras coloniales no se hizo con cargo a los presupuestos, sino mediante cuentas especiales del Ministerio de Ultramar, de modo que aquéllos no aumentaron. Ahora bien, frente a lo que habitualmente se creía, tras ellas se produjo una expansión del gasto público; eso sí, gracias al incremento de los recursos, pues la Hacienda obtuvo superávits en términos primarios (ingresos-gastos-pago de la deuda) en todo el período 1899-1908.

Lo anterior no significa, según Maluquer de Motes, que las guerras no tuvieron consecuencias financieras. El autor calcula que su coste fue de unos 4,65 - 5,00 millones de pesetas, lo que equivale a 1,7 - 1,9 billones de 1998. El Banco de España —dice— fue el principal agente financiero, se recurrió poco a los impuestos y a la emisión monetaria y se usó, sobre todo, deuda pública, cargada fundamentalmente sobre las economías de las colonias y adquirida mayoritariamente por españoles. Ahora bien, al gastarse ese dinero fuera, se desvalorizó la peseta y el Estado entró en bancarrota en el mes de abril, antes de la derrota naval de Santiago de Cuba frente a la escuadra estadounidense.

La situación financiera empeoró por el hecho de que la pérdida de los territorios de Ultramar impidió seguir cargando la deuda sobre sus economías. Ahora bien, al mismo

tiempo se vio aliviada gracias a que las condiciones de la paz no fueron desfavorables, no obstante lo que han señalado algunos autores. El Tratado de París no impuso a España el pago de indemnizaciones y en el se estableció que los EE.UU. abonarían una generosa suma a cambio de la renuncia a la soberanía de Filipinas.

En las condiciones descritas anteriormente, tras la paz, hubo que hacer frente a los pagos aplazados de la deuda, cosa que la opinión pública no hubiese permitido realizar a través de un incremento de los impuestos. La solución fue un complejo plan de reformas y ajustes, ideado por Raimundo Fernández de Villaverde, basado esencialmente en la reordenación de dicha deuda, en la contención de la oferta monetaria y en el incremento de la recaudación mediante la creación de nuevas tasas. El análisis de la reforma de Villaverde es, sin duda, la parte más conseguida del trabajo de Maluquer de Motes. Quizás peca algo de exceso de optimismo en el mismo; sin embargo, sus conclusiones son claras y coinciden con lo que está diciendo la historiografía más reciente sobre la misma: que su principal cualidad fue su coherencia y su continuidad, gracias a que los sucesores de su mentor al frente de la Hacienda prosiguieron su labor, y que permitió una estabilización rápida y eficaz, aunque ello afectó al gasto publico, *ergo,* a su función como impulsor del crecimiento económico, no obstante el dinamismo del sector privado en ese momento amortiguó en parte tal defecto.

En términos de renta, el efecto inmediato de las guerras fue importante, dice Maluquer de Motes, aunque no exagerado. El PIB se redujo menos que en el período 1887-1890, y su recuperación fue grande, continuando el proceso de modernización iniciado antes. El mismo autor señala, además, que los salarios reales del sector más moderno de la economía mejoraron a partir de 1902, que hubo una breve recesión de la industria, pero se recobró relativamente pronto, y que no obstante el comercio con Filipinas y Puerto Rico prácticamente desapareció, los intercambios con Cuba, los más importantes antes de la pérdida de las colonias, no se redujeron mucho y tuvieron un saldo positivo en las balanzas hasta 1930 mayor que en época colonial.

Es en las conclusiones anteriores donde el libro resulta menos resolutivo. En general, ya sabíamos que la continuidad en el crecimiento y la modernización de la economía prosiguieron tras las guerras coloniales, pero continuamos ignorando si aquéllas tuvieron algún efecto, positivo o negativo sobre el mismo. Es preciso seguir investigando el tema, aunque también debemos señalar que responder a ese interrogante parece una tarea sumamente complicada. No obstante, *España y la crisis de 1898* si apunta algunas ideas al respecto. Maluquer de Motes demuestra que los años posteriores al conflicto se caracterizaron por un auge inversor, y lo explica aduciendo una mayor confianza de las empresas, entre otras cosas, debido a que sus gestores tuvieron la certeza de que el Estado no emprendería otras aventuras a medio y largo plazo gracias al correctivo que supuso la derrota. Por la misma razón, llegó bastante capital del exterior en forma de inversiones directas e indirectas, el cual se unió a las remesas traídas desde Cuba, tras el fin del dominio colonial, enviadas por los inmigrantes en la isla y también en otros países latinoamericanos. El autor calcula que en concepto de repatriación de los antiguos territorios ultramarinos arribaron a España 2.000 millones de pesetas; que el capital foráneo invertido en el país rondó los 1.000 millones, y que las citadas remesas, otras transferencias de capital y el retorno de las inversiones españolas en el exterior representaron otros 1.000 millones.

Un último capítulo de *España y la crisis de 1898,* analiza la valoración que los economistas de la época hicieron del fin de las guerras coloniales y de las reformas de

Villaverde. En este sentido, el libro demuestra que la principal controversia se dio en torno a la inflación y que la tesis dominante fue la que abogó por la acción del Estado, el abandono de los proyectos de ajuste deflacionista, y la adopción de medidas de impulso a la competitividad, al comercio exterior y al turismo. El autor señala también que años más tarde casi todos los analistas coincidieron en alabar la ortodoxia presupuestaria y en destacar la notable recuperación y modernización económica de esos años.

*España y la crisis de 1898* concluye con un corolario sobre el problema que da subtítulo al libro, *De la Gran Depresión a la modernización económica del siglo XX,* en el que se resumen sus principales conclusiones y, sobre todo, se explica su contribución a la historia económica del país. Maluquer de Motes dice que los conflictos finiseculares produjeron grandes daños. Aumentó la presión fiscal y el gasto, aunque de manera moderada; así como la deuda pública, que lo hizo en un 50%, no obstante dicho incremento fue menor que el de los años 1876 ó 1881, se pudo contener con una política rigurosa, y no se incurrió en deuda externa ni se dejó de pagar el servicio de la contraída anteriormente. Las conversiones y otras operaciones que se realizaron sobre ella fueron complicadas y laberínticas, pero similares a la que se llevaron a cabo en otros países. El plan de Villaverde, por otro lado, fue coherente con la nueva coyuntura monetaria: redujo el coste del dinero cuanto el Estado dejó de demandar fondos y desparecieron los riesgos que conllevaba la guerra y, por tanto, la necesidad de mantener fuertes primas. La paz marcó el fin de la gran depresión agraria de los últimos años del siglo XIX y el crecimiento del PIB cambió de ritmo, recobrando el vigor perdido en esos años gracias a medidas proteccionistas, pero también a un incremento de la productividad del agro que apoyo la recuperación del consumo privado y de la demanda agregada. También mejoró la oferta de los sectores secundario y terciario como respuesta a las nuevas oportunidades del mercado. Aparecieron necesidades energéticas, de transporte y de servicios financieros que dieron lugar a muchos proyectos empresariales.

Las razones de la expansión de la economía española en el inicio del siglo XX, por tanto, fueron el auge de las inversiones, los saldos positivos en la balanza de pagos, y la disponibilidad de recursos, que permitió crear grandes entidades financieras, las cuales actuaron con un destacado protagonismo industrial. También crecieron la construcción, el comercio, los servicios y el transporte urbanos, símbolos de la definitiva modernización demográfica del país, y lo mismo puede decirse de otros indicadores de desarrollo, como los índices de alfabetización y esperanza de vida o el alumbrado de las viviendas, aunque, como ha reiterado con frecuencia la historiografía más reciente, todos esos avances no se correspondieron con mejoras similares en los niveles de convergencia respecto a las naciones del occidente europeo, los cuales, incluso, empeoraron.

Antonio Santamaría García
Instituto de Historia, CSIC

LAURÍA-SANTIAGO, Aldo A., *An Agrarian Republic. Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914,* Pittsburgh, Pitt Latin American Series, University of Pittsburgh Press, 1999, 236 páginas, índices general y onomástico, apéndice estadístico, glosario, bibliografía, cuadros, gráficos, mapas e ilustraciones.

El libro de Aldo A. Lauría-Santiago es, como su título indica, una historia socio-política y económica de la agricultura salvadoreña entre 1823 y 1924, enfocada desde el estudio de las comunidades campesinas. A pesar de la envergadura de sus propósitos, se trata de un trabajo bien definido, que logra alcanzarlos con eficacia, incluso con brillantez en ocasiones, lo que con seguridad le convertirá en breve en una obra de referencia básica para la historiografía centroamericana.

El estudio comienza con una relativamente breve, pero exhaustiva caracterización de las comunidades campesinas antes de la independencia. El autor señala que éstas jugaron un papel muy importante en el desarrollo de la producción de índigo para el mercado local, regional e internacional, coexistiendo con los grandes hacendados —generaban aproximadamente la mitad de la oferta de ese artículo—. Su actividad económica y su organización corporativa les permitió, además, un alto grado de autonomía frente a los terratenientes, comerciantes y oficiales coloniales.

La caracterización de la organización y actividades económicas de las comunidades campesinas en los últimos años de dominio español en Centroamérica es esencial para entender cómo se integraron en el nuevo proyecto socio-político tras la independencia. Lauría-Santiago prueba que ésta no detuvo su expansión, pues el colapso del Estado imperial, las guerras civiles en el istmo y la inestabilidad política consiguientes afectaron a las redes de poder local y central. Debido a esos inconvenientes y a la escasez de infraestructuras, la hacienda decayó como unidad de producción y muchos hacendados abandonaron sus predios. En tal situación, infinidad de municipios y comunidades compraron terrenos o reclamaron su posesión alegando su uso durante años. El resultado fue el reforzamiento de las citadas formas de tenencia y organización comunitaria, amparadas, además, por los gobiernos, independientemente de su signo —conservadores o liberales—, quienes reconocieron sus derechos, sancionando legalmente dos tipos de pertenencia: los ejidos y la propiedad comunal o corporativa que, de ese manera, a la altura de 1860, constituían el elemento fundamental del agro salvadoreño.

Lauría-Santiago presenta evidencias suficientes para contrarrestar las tesis tradicionales de la historiografía acerca de la desarticulación de las comunidades campesinas y, especialmente indígenas, tras la independencia. Prueba que, aparte de la tierra, controlaban los sistemas de regadío y los bosques —lo que les aseguró el acceso a los recursos de subsistencia— y participaron en la comercialización de los productos agrarios y en la actividad política. No obstante, y quizás está es la principal aportación de la primera parte de la obra, el autor no idealiza ni exagera sus conclusiones. La situación descrita también generó problemas y conflictos; en primer lugar, por que es difícil generalizar, sobre todo debido a las grandes diferencias que encuentra en el análisis de las distintas regiones de El Salvador, lo que, por otra parte, dificultó el establecimiento de un sistema político nacional y fue fuente de disputas. En segundo lugar —dice—, la organización comunal, aunque bastante solidaria, no era enteramente democrática ni igualitaria, lo que generó antagonismos internos, a los que, además, se unieron otros de carácter externo, entre las referidas comunidades,

los ladinos y los gremios de artesanos y profesionales, cuyos privilegios no fueron reconocidos por los gobiernos en la misma medida que los de aquéllas.

El autor afirma que las comunidades campesinas y los gremios artesanales fueron esenciales en la formación del Estado salvadoreño por su capacidad de movilización y su apoyo a las distintas facciones de la elite. Esta aseveración, señala, es igualmente cierta para entender las conspiraciones pro-independentistas de 1810, la revolución posterior contra los ladinos, o la reforma liberal de 1871, la cual no supuso realmente una ruptura con el pasado inmediatamente anterior, entre otras cosas, por que el Estado no fue una buena institución para la construcción de una oligarquía socio-económica debido al violento final de los mandatos de muchos gobiernos, que llevó aparejada en infinidad de ocasiones la pérdida de las propiedades de sus integrantes y allegados, incluso el abandono del territorio nacional o la muerte. La institución más importante para la constitución de esa oligarquía —dice Lauría-Santiago— fue el ejército. Así, El Salvador experimentó en las décadas de 1880 y 1890 un exitoso proyecto de centralización fundado en difusas alianzas entre los militares y la fragmentada elite político-económica que, a la altura de 1900, permite hablar de la existencia de un fuerte Estado central basado en la virtual disolución del poder corporativo y municipal, en la creación de una milicia profesional, en complejas negociaciones con los centros de poder local, y en la acumulación y distribución de beneficios procedentes de las rentas estatales, que se consolidó con las reformas institucionales de la administración de Araujo, en 1912-1913, no obstante ello no supuso, como se ha sostenido habitualmente hasta ahora, al menos no directamente, la violenta subordinación, desposesión y/o proletarización del campesino. El proceso fue bastante más complejo.

A partir de la década de 1860 se sucedieron una serie de factores que complicaron la situación descrita párrafos atrás en el agro salvadoreño. Aumentó el número de productores para el mercado local, regional e internacional, se desarrolló un sistema de crédito refaccionario y surgió una incipiente elite empresarial en la que destaca la participación de los indígenas, debido a la referida importancia de las explotaciones comunales y municipales. Se expandió el cultivo del café, el tabaco, la silvicultura y las industrias de cigarros, textiles o licores, entre otras. Algunas de esas actividades fueron ayudadas por la acción del Estado, que distribuyó plantas, difundió conocimientos, otorgó incentivos a la importación de los bienes necesarios para su funcionamiento, y a la exportación de sus productos, e invirtió en la construcción de caminos y otras infraestructuras. Contribuyeron a esa expansión también variables externas, como el aumento de la navegación por el Pacífico, el descubrimiento de oro en California, que atrajo recursos hacia el istmo centroamericano –la ruta más corta entre el Este y Oeste de los EE.UU.–; atracción que culminó con la apertura del Canal de Panamá en 1914.

La combinación de factores internos y externos mencionados anteriormente explica la expansión de la agricultura comercial salvadoreña, pero también sus límites. Así, señala Lauría-Santiago, un marco institucional como el descrito impidió la consolidación hasta el inicio del siglo XX de formas unificadas de capitalismo rural, de un mercado de tierra y capital y de una consistente, aunque aún heterogénea, burguesía. El cultivo del café no generó en el XIX la concentración agraria típica de la centuria siguiente. Proliferaron los establecimientos de beneficio en pequeña escala, lo que permitió el mantenimiento de la pequeña y mediana propiedad, cuyo principal enemigo fue su vulnerabilidad en épocas de precios bajos; momentos en los que fue común el paso de tales propiedades a manos de los comerciantes-prestamistas. Además, surgió un sector empresarial dedicado a la importa-

ción y exportación que controló el crédito, incluso el beneficio más que la producción. Hubo también otras actividades, como las industrias azucarera y licorera o la especulación con la deuda nacional que fueron fuentes de acumulación de capital y formación de elites, pero también el germen de una clase media rural, administrativa y profesional. La construcción del ferrocarril, afirma el autor y confirman los estudios recientes sobre el tema (ver J. Sanz, coord. *et al., Historia del ferrocarril en Iberoamérica, 1837-1995,* Madrid, Ministerio de Fomento, 1998), refleja la complejidad del agro en El Salvador, en sí misma y en comparación con las otras Repúblicas centroamericanas. En él las líneas no siguieron exactamente el trazado centro de producción-puerto, típico en dichos países, sino que se tendieron en dirección Este-Oeste, integrando buena parte del territorio nacional. Otra prueba más en este sentido es que el tren no se caracterizó por prestar servicio a un único producto. En 1913 el café representaba un 20% de su volumen de carga, el azúcar un 8%, y otros artículos y manufacturas, sin llegar ninguno de ellos individualmente a esos porcentajes, el 72%.

En el siglo XX la situación agraria predominante en el XIX cambió. Se fue difundiendo el beneficio del café a gran escala, controlado por la misma elite que poseía el capital. Además, la producción de ese artículo se concentró en tres regiones que no eran las de más antigua ocupación. Ello y las necesidades de trabajo temporal que requirió su explotación precisó movilizar mano de obra por medios coercitivos.

El desarrollo de la agricultura comercial tropezó en distintas áreas, especialmente del occidente salvadoreño, con los obstáculos inherentes al mantenimiento las formas de tenencia y organización comunal ya en las últimas décadas del siglo XIX, y ello condujo a un proceso de privatización de la tierra a gran escala. La historiografía ha explicado ese proceso señalando que la explotación cafetalera requería contar con terreno abundante y campesinos dispuestos a vender su trabajo barato. Lauría-Santiago prueba, frente a esas tesis, que las cosas fueron más complejas y deben ser observadas en un espectro mayor: el de la construcción de un sistema socio-político y económico relativamente integrado a nivel nacional. Así, sostiene que el mantenimiento de las comunidades campesinas dificultó la expansión del cultivo del café, pero, además, creó fronteras internas en casi todas las regiones y limitó, por su incompatibilidad, la extensión de la formas republicanas de soberanía, ciudadanía y también de propiedad, de modo que fueron varias las fuerzas que presionaron para su desaparición.

Los legisladores liberales pensaron que mercantilizando la tierra favorecerían a los agricultores y que ello redundaría en interés nacional. Desamortizar los ejidos no representó apenas problemas, pero sí los predios del común, pues ello significó también, de facto, eliminar las comunidades. Los terrenos y los costes y beneficios de la privatización fueron repartidos entre sus miembros, aunque algunos se vendieron a terceros para cubrir dichos costes. Esto provocó corrupción, pérdida de valor del suelo y conflictos. Los indios apelaron a la tradición y al uso para defender la legitimidad de sus dominios y su desposesión socavó su identidad, su organización corporativa y también los mecanismos de solidaridad que se desarrollaban en su seno. Las comunidades, como resultado, se volvieron más jerárquicas, lo cual —demuestra el autor— fue causa de más disputas que la expansión cafetalera o la referida privatización que, por tal motivo se extendió a lo largo de un cuatro de siglo. Los baldíos del Estado sufrieron también la misma suerte, pero en su caso el proceso fue más extensivo. Por lo general, fueron adquiridos por especuladores y/o empresarios urbanos a bajo precio.

A largo plazo, la privatización fue más contradictoria de lo que esperaban sus mentores. Miles de campesinos se convirtieron en propietarios; los empresarios y los granjeros aumentaron su control sobre la tierra y expandieron sus posesiones, pero ello también generó desigualdades en perjuicio de los más pobres, y facilidades para que éstos perdiesen sus predios, problemas que arreciaron con el paso de las generaciones, cuando los terrenos fueron divididos entre la descendencia y dejaron de asegurar la subsistencia. La desamortización agraria, finalmente —dice el autor— no concentró necesariamente el suelo en manos de una elite capitalista; generó una clase —si es posible calificarla así— muy heterogénea de propietarios y, en el caso de los más pequeños (la mayoría), extremadamente vulnerable, cuya descendencia no tuvo más alternativas que convertirse en asalariada o emigrar.

La última parte de *An Agrarian Republic. Commercial Agriculture and the Politics of Peasant Communities in El Salvador, 1823-1914,* se dedica a las implicaciones que el estudio tiene para el análisis de la historia salvadoreña. Lauría-Santiago señala que el éxito de la economía de exportación a partir de la década de 1860 no provocó necesariamente pobreza, marginalidad o proletarización campesina. Otra cosa fue su intensificación a partir del decenio de 1920, cuando el aumento de la población, la integración de la elite agraria y la división de la tierra entre las familias durante varias generaciones si condujo a la mencionada proletarización rural debido al cierre de la frontera agraria interna y al aumento de la demanda de trabajo. Pero, aún entonces, ese proceso fue gradual y, en general, exento de mecanismos coercitivos y de la intervención del Estado para garantizarlo. Confirmado la más reciente interpretación historiográfica acerca del tema, del estudio de Lauría-Santiago se deduce que los supervivientes de la privatización de la tierra sustentaron el sistema político autoritario, debido a la ausencia de alternativas, y mantuvieron la primacía económica del café en detrimento de otros cultivos y actividades. Para muchos campesinos, aunque todavía no masivamente, esto significó un aumento de su dependencia de los grandes terratenientes. Las crisis de 1920-1921 y 1929-1932 tuvieron como resultado una concentración de la propiedad, la producción y el procesamiento cafetalero a gran escala, lo que dejó sin sus fincas y endeudados a muchos de ellos.

La referida falta de alternativas para reformar la estructura económica dejó a un número cada ver más elevado de campesinos marginados de la producción para el mercado y de la política socio-económica del Estado. El proceso de modernización y tecnificación que experimentó aquélla tras la Segunda Guerra Mundial agravó las cosas, preparando las condiciones para la insurgencia rural de la década de 1980. Otro elemento que coadyuvó a agravar estos problemas fue el fracaso de la reforma liberal y la consolidación del autoritarismo, lo que contribuyó a preservar formas de solidaridad, identidad y organización comunitaria, particularmente indígena, en alguna zonas del país, reforzadas por su marginalidad, sobre todo después de la crisis de 1930, pues hasta la revuelta de 1932 dichas comunidades mantenían relaciones clientelares con el poder local, incluso nacional, que ese conflicto rompió. Con hechos como éste, el nivel de represión del campesinado fue en aumento, quedando al descubierto la oposición de los principales sectores de la elites y de las clases medias a sus demandas de representación corporativa, de derechos laborales y de autonomía política local.

A los problemas mencionados anteriormente se unió el hecho de que la desposesión de buena parte de la población tropezó en la década de 1930 con dificultades para encontrar trabajo, por el cual se pagaban, además, muy bajos salarios debido a la crisis cafetalera. No

obstante, concluye el autor, es un grave error historiográfico derivar directamente de ello la explicación del autoritarismo político. Su investigación prueba que el elemento de continuidad más importante entre 1880 y 1930 fue el faccionalismo político-militar. El militarismo excluyente, la escasa reforma de la ciudadanía, el clientelismo y paternalismo político y las relaciones étnicas a nivel local explican el fracaso de los intentos de democratización en los años treinta y el militarismo autoritario, valga la redundancia, que gobernó el país posteriormente.

La investigación de Lauría-Santiago, por tanto, aunque en ocasiones peca de algo de omnisciencia a la hora de buscar antecedentes de los hechos de la historia recientes salvadoreña en problemas del pasado y, seguramente, resultaría cuestionable en más de uno de sus argumentos si se examinan pormenorizadamente varios de los problemas o períodos cronológicos abordados, es muy coherente tomada en su conjunto, y no sólo como explicación del tema central del estudio, sino como replanteamiento general de ciertas cuestiones básicas del transcurrir histórico del país centroamericano. Por ejemplo, las tesis que se han ofrecido hasta ahora sobre los procesos de insurgencia de la década de 1930 que, como sostiene el autor y, en opinión de éste crítico con suficiente fundamento, son demasiado simples si se observan a la luz de ese transcurrir.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

URIBE SALAS, José Alfredo, CORTÉS ZAVALA, María Teresa y NARANJO OROVIO, Consuelo (coordinadores). México frente al desenlace del 98. *La Guerra Hispanonorteamericana,* Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico/Recinto de Río Piedras, Instituto Michoacano de Cultura/Gobierno del Estado de Michoacán, 1999, 194 páginas.

La obra reúne una selección de los trabajos presentados en el Congreso Internacional: *El 98 en la Coyuntura Imperial* celebrado en las ciudades de Morelia y Páztcuaro Michoacán, México en 1997; forma parte de las investigaciones realizadas a lo largo de la década de los 90 a propósito del centenario de la guerra hispano-norteamericana, cuyas repercusiones rebasaron el marco de quienes se vieron involucrados directamente en dicho conflicto.

El libro presenta estudios que dan cuenta de cómo se percibió y vivió en México esta coyuntura, las posturas adoptadas por el gobierno y otros sectores de la sociedad que van desde quienes prestaron abierto apoyo a España, quienes defendieron la causa de los patriotas cubanos e incluso quienes simpatizaron con las acciones norteamericanas.

Como producción colectiva, a partir del eje: México y el 98, en ella se abordan diversos temas de esta problemática, como diplomacia, pensamiento político, prensa, problemas fronterizos entre otros, con distintas orientaciones teóricas y metodológicas. El resultado es significativo porque logra estructurar, en un todo orgánico, una propuesta teórica; y por la visión de conjunto sobre aspectos que hasta ahora no habían sido desarrollados en el debate académico, por considerarlos colaterales.

El contenido se puede agrupar en dos partes: en la primera se establece el marco general; con el primer ensayo relativo al contexto histórico latinoamericano y el segundo a la

estructura diplomática mexicana. En la segunda parte se analizan aspectos específicos como la correspondencia consular mexicana, el pensamiento de Justo Sierra y Francisco Bulnes, la visión mexicana ante la cuestión cubana, la intervención norteamericana, cerrando con políticas y conflictos de frontera. El ensayo sobre Belice es relevante, en la medida que plasma la actitud de Inglaterra frente a esta zona geográfica y frente al reordenamiento internacional que se dio en este período.

La derrota de España en la Guerra Hispano Norteamericana fue el ocaso del viejo colonialismo en tierras americanas, pero un nuevo poder imperial vino a sustituirlo, dando paso a nuevas formas de dominación económica, política y militar. El conflicto hispanonorteamericano constituye un hito dentro de la redistribución geográfica y del nuevo reparto del mundo entre las potencias; este fenómeno es parte de la formación y expansión imperialista a finales del siglo XIX y principios del XX, por ello, de manera especial repercutió en toda América Latina y desde luego en México, que ya tenía el antecedente de la invasión y apropiación por parte de Estados Unidos de más del 50% su territorio en 1848.

Como señalan los coordinadores en la presentación, esta obra forma parte de la revisión critica e histórica sobre la guerra del 98 entre España, Cuba y Estados Unidos, resaltando el aporte de nuevos datos, de nuevos instrumentos y nuevas líneas de investigación, cuestión que permite la constatación en México del llamado «98 hispanoamericano.»

Así el 98 es una coyuntura que abre camino a la dominación norteamericana en América Latina, por lo que conocer las distintas percepciones que hubo en México del problema, muestra hasta que punto ya diversos sectores advertían el peligro yanqui y como la política de neutralidad del gobierno mexicano favoreció finalmente a los intereses norteamericanos.

Podemos resumir en tres las principales aportaciones de este libro:

1. Parte acertadamente por ubicar el 98 en el contexto internacional, como punto de ruptura que cierra un periodo (el viejo colonialismo español), para abrir uno nuevo (el imperialismo); pero además establece el contexto histórico latinoamericano, que hace posible la formación de una nueva conciencia nacional antiimperialista, señalando la presencia de intelectuales, obreros, campesinos, indígenas, etc. como nuevos actores políticos, y ubica el papel de las manifestaciones culturales, del carácter multiétnico y multicultural de las sociedades latinoamericanas como parte de los proyectos de construcción nacional.

2. En cuanto a la cuestión mexicana, resulta claro que la política de neutralidad del gobierno mexicano (adoptada también por todos los gobiernos latinoamericanos), no reflejó el sentir de los distintos sectores de la sociedad, que tuvo manifestaciones activas en pro o en contra de algunas de las partes.

3. El análisis específico de fenómenos particulares (pensamiento político, opinión publica, conflictos fronterizos, etc. ) permite establecer la complejidad del problema y sus múltiples manifestaciones en la sociedad mexicana, como expresión del momento histórico que está viviendo el país.

Esta obra es imprescindible como fuente de consulta para estudiantes, académicos e investigadores interesados en el tema, por lo cual el esfuerzo de su publicación es meritorio, si se toma en cuenta que con este libro reseñado se publica (en 3 volúmenes ) la totalidad de trabajos presentados en el Congreso Internacional: *El 98 en la Coyuntura Imperial.*

Emigdio AQUINO BOLAÑOS
Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, México

VILA VILAR, Enriqueta y KUETHE, Allan J. (editores), *Relaciones de poder y comercio colonial: nuevas perspectivas*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, CSIC y Texas-Tuch University, 1999, 304 páginas, índices general y análitico (a cargo de Ana Isabel Martínez Ortega) y cuadros.

En el marco del «XLIX Congreso Internacional de Americanistas», celebrado en la ciudad de Quito en el año 1997, se desarrolló una sesión de trabajo acerca de «Las relaciones de poder y el comercio Hispano-Americano», que en 1999 dio lugar al libro que ahora nos ocupa. Antes de entrar en materia es preciso señalar el cuidado con el que se ha realizado el trabajo de edición y cuyo resultado es un volumen técnicamente muy bien hecho en todos los aspectos. Aunque este tipo de comentarios no son usuales en los artículos de crítica literaria, pensamos que merecía la pena dedicar unas líneas a comentarlo, pues no siempre se tiene entre las manos una obra con tales características.

A pesar de lo dicho anteriormente, el libro editado por Enrique Vila Vilar y Alan J. Kuethe, destaca esencialmente por la calidad y homogeneidad de sus contribuciones, algo bastante inusual en obras de este tipo, que suelen reunir buenos artículos, temáticamente interesantes y bien estructurados, junto a otros de mucha mejor valía. Por esa razón, y el hecho de que el trabajo encuentra su razón de ser en cuestiones científicas de relevancia y define de manera muy específica sus objetivos, su principal defecto, desde nuestro punto de vista, es que los editores, quizás por razones de tiempo y/o espacio, no se hayan animado a escribir un ensayo introductorio examinando con detenimiento su aportación a la historiografía. En la introducción que firman ambos autores se apunta en líneas generales, pero es muy escasa en páginas y detalles.

Desde hace tiempo —dicen Vilar Vilar y Kuethe— los investigadores dedicados al comercio colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII se han percatado de la existencia de características y comportamientos socio-económicos muy similares en los grandes comerciantes, tanto en España, como en América, que, además, variaron relativamente poco a lo largo de los años, y entre los que destaca su falta de iniciativa empresarial. Sin embargo, también se ha olvidado tradicionalmente la importancia de las instituciones, de la Casa de Contratación y del Consulado, primero de Sevilla, luego de Cádiz, incluso de otras más informales (camarillas, grupos de poder, redes familiares, ect.), que jugaron un papel fundamental, cuyo resultado fue un deslizamiento paulatino del monopolio de los intercambios de la esfera pública a la privada. Se sabe muy poco, pues, de las actividades y del entramado de relaciones que fueron construyendo esos hombres de negocios, no obstante su conocimiento es esencial para explicar la historia española y latinoamericana de los tres siglos referidos anteriormente. El objetivo de *Relación de poder y comercio colonial: nuevas perspectivas* es arrojar nuevas luces sobre el tema, aprovechando el interés que desde hace algunos años tienen los estudios de la acción colectiva, los grupos de presión y de interés y las instituciones económicas, y las herramientas teórico-metodológicas que han ido aportando esas investigaciones.

La compilación de Vilar Vilar y Kuethe se divide en dos partes bien diferenciadas que dan al trabajo una estructuración lógica y racionalmente bien pensada. La primera, escrita íntegramente por los editores, sirve de marco de referencia para la segunda. Dichos autores examinan, respectivamente, el «El poder del Consulado sevillano y los hombres del comercio en el siglo XVII: una aproximación», y «El final del monopolio: los Borbones y el Consulado andaluz» y el «Traslado del Consulado se Sevilla a Cádiz; nuevas perspectivas».

Vila Vilar estudia las funciones judiciales y gremiales del Consulado de Sevilla respecto al comercio con las Indias, lo que la autora denomina su *poder legal*; así como sus funciones mercantiles (poder monopolista) y el control administrativo y financiero; es decir, el *poder efectivo* de la institución, inherente a su organización, pero más importante si cabe que el legítimamente estipulado. En ese sentido, la historiadora se da cuenta de la relevancia que para el conocimiento del tema tiene el examen de los comerciantes, de los *hombres del comercio*, a quienes dedica la última parte del trabajo y también la más interesante, pues en ella descubre que en la primera mitad del siglo XVII algunos de esos hombres formaron una especie de camarilla que jugó un papel esencial, no sólo en la actividad mercantil, sino también en la sociedad sevillana, andaluza, incluso española de la época, y en las decisiones políticas, fundamentalmente en las que afectaban al desarrollo de su actividad.

Kuethe, por su parte, examina en dos artículos el contexto nacional e internacional en el que desarrolló sus funciones el Consulado sevillano, sobre todo en el período de la Guerra de Secesión y en los reinados de los primeros Borbones, relacionándolo con los hechos fundamentales de la historia política y social española de esos años, lo que demuestra un incremento de su influencia de *facto,* a la que se refería Vila Vilar para la época inmediatamente anterior. El segundo de los dos artículos que dedica al tema analiza específicamente el asunto del traslado de dicho Consulado de la capital hispalense a Cádiz. Aunque no es la única variable explicativa que emplea, en nuestra opinión, parece demasiado importante el papel que confiere al interés personal de la Reina, Isabel de Farnesio, en tal decisión.

Para completar la primera parte de la compilación habría sido necesario, eso sí, un artículo que examinase específicamente la evolución y el desarrollo de las funciones de la Casa de Contratación, al igual que se hace con el Consulado.

La segunda parte del libro reúne seis artículos de otros tantos autores dedicados a cuestiones particulares, pero estrechamente relacionadas con la anterior; al «comercio y sus función social», las «compañías, redes y hombres de negocios». Un primer trabajo, firmado por Carlos Álvarez Nogal, y titulado, «Un comprador de oro y plata en la Sevilla del siglo XVII. Bernardo de Valdés al servicio de la Real Hacienda», examina la figura y la trayectoria del referido Valdés, que entre 1650 y 1655 se convirtió en uno de los agentes financieros más importantes de la Corona. Dicho agente —apunta el autor—, obtuvo privilegios que no respetaron la costumbre ni la legislación vigente, lo cual se explica como resultado de la necesidad que el Estado tenía de contar con sus servicios. Para el referido comerciante, los beneficios directos de tales privilegios no fueron muy grandes, pero si los indirectos; los negocios particulares que le permitió el ejercicio de su función y la red clientelar que tejió. Lo más importante de la investigación es que, independientemente de los citados beneficios personales, Álvarez Nogal entiende que el caso de Valdés es muy significativo de la complejidad organizativa y funcional del sistema comercial y financiero ligado a los intercambios entre España y América que, sin hombres como él, se hubiese visto entorpecido, lo que conduce a la necesidad de emprender nuevos estudios que indaguen en el tema con menos apego a la *legalidad,* observando, por ejemplo, la importancia del fraude institucionalizado para el mantenimiento del entramado comercial.

Antonio Gutiérrez Escudero analiza «El tabaco en Santo Domingo y su exportación a Sevilla (época colonial)», un estudio que destaca, sobre todo, por la cantidad de documentación consultada y por el buen hacer del autor a la hora de sintetizarla en cuadros esta-

dísticos, que nos presenta en un extenso apéndice final. El desarrollo de la producción tabacalera dominicana y el efecto que las reformas borbónicas tuvo sobre la misma, una actividad que ha merecido poco interés por parte de la investigación, demuestra el interés de la Monarquía en el desarrollo económico de todos sus territorios americanos –dice al autor–, aunque también los límites de la política de fomento. Así, dicho desarrollo se vio parcialmente frustrado debido al monopsonio que sobre su oferta ejercía la Fábrica de Tabacos de Sevilla, cuando ésta comunicó a las autoridades de la isla que sólo requería 12.000 arrobas anuales del mencionado artículo, no obstante ellas y los cultivadores habían pensado en 24.000 y se estaban preparando para producirlas.

Al problema del «comercio libre» y del «comercio neutral» dedican su atención sendos artículos Javier Ortiz de la Tabla Ducasse y John R. Fisher en «Comercio neutral y redes familiares al final de la época colonial» y «El comercio y el ocaso imperial: el comercio español con Hispanoamérica, 1797-1820» respectivamente. Ortiz de la Tabla señala que hubo una interconexión evidente entre los intereses públicos y privados implicados en los intercambios entre España y América, y un grado de influencia de los segundos sobre los primeros que les permitió determinar la política mercantil metropolitana y, por supuesto, conseguir pingües beneficios. A través de ese entramado de relaciones el autor examina las líneas generales del proyecto borbónico; del denominado *Reglamento de Comercio Libre.*

El artículo de Fisher aborda problemas de carácter más general. Dice que es difícil saber la importancia de la liberalización mercantil para las economías española y americanas, debido fundamentalmente a la falta de estadísticas sobre las exportaciones de las colonias. Ahora bien, examinando las metropolitanas es posible afirmar que las regulaciones de los intercambios con los neutrales de 1797 no eliminaron el antiguo sistema imperial. Es cierto que el proyecto fracasó, especialmente en sus objetivos de fomento industrial en España; ahora bien, sorprende –según Fisher–, el éxito con que los puertos peninsulares, y especialmente el de Cádiz, se ajustaron a la nueva situación y mantuvieron su posición anterior, no obstante las nuevas leyes abrieron un inexorable proceso por el que los americanos, legalmente o de *facto,* comenzaron a comerciar libremente, particularmente con los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Esas conclusiones ponen en tela de juicio la vinculación tradicional de las demandas de libertad mercantil con las causas de la emancipación.

Los dos últimos artículos de *Relaciones de poder y comercio colonial:* nuevas perspectivas aportan el contrapunto americano a la compilación. Carmen Parrón Salas examina las «Nuevas perspectivas del Perú colonial y su transición al mundo contemporáneo», y Alfredo Moreno Cebrián, la «Fiscalidad, connivencia, corrupción y adecuación al mercado: la regulación del comercio provincial en México y Perú (1746-1777)». Parrón Salas analiza las reformas borbónicas en el Virreinato peruano y su efecto en el posterior movimiento emancipación y señala la importancia y el poder del Consulado de Lima en esa época, que se mantuvieron a pesar de que dichas reformas trataron precisamente de menoscabarlos, así como de las grandes compañías privilegiadas, los Cinco Gremios y la Real de Filipinas.

En un excelente artículo por la magnitud del tema que abarca y la perspectiva comparada que adopta, Moreno Cebrián coteja el comercio interno de los Virreinatos de Nueva España y del Perú y, particularmente, el poder y la influencia de ciertos individuos en esas actividades que, en su opinión, aumentó al amparo de una legislación incorrectamente aplicada y de la corrupción, gracias también a la existencias de una relación de connivencia

con los funcionarios coloniales. Lo más interesante de este trabajo, no obstante, es su conclusión acerca de que con condiciones y mecanismos de actuación similares en ambos territorios, los resultados del proceso descrito fueron muy distintos.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC

skirmishes after the landing of the *Granma* in Cuba, for example, "Ernesto faced a spilt-second decision over whether to rescue a first-aid kit or a box of ammunition. He chose the latter." As a fighter, he became to view people "as either friends or enemies". Rebel "traitors" were executed, other punishments included mock executions.

Politically, and in contrast to the much more pragmatic Castro, Che was always an unconditional radical: in the ideological disputes within the Movement 26 July, he took the most markedly hardline positions and was against compromising with the US. "The revolution must be carried out in a life-or-death-struggle against imperialism from the very first moment. A true revolution cannot be disguised," he is remembered to have said. The same applies to his role as "supreme prosecutor" at the revolutionary trials against real and suspected war criminals, hundreds of whom were executed by firing squad. Although both authors are unable to pin down Che's precise share of responsibility, they agree that he was neither lenient nor particularly ruthless – unlike Raúl Castro, who directed a mass execution of 70 soldiers in Santiago.

A speech held as early as 27 January 1959 does away with the legend that the radicalization of the Cuban revolution came simply as a reaction to Washington's tough stand. Under the programmatic title "Social projection of the Rebel Army", Che outlined his vision of a radical agrarian reform, nationalizations, and support of guerrilla movements all over Latin America; actions were to follow soon.

In practice, Guevara's policies proved to be a disaster: As minister of industry, he wanted to impose industrialization, emulating Stalin's economic policy of the 1930s. The collapse of the Cuban economy, starting in 1961 and reaching dramatic proportions in 1962/3, is well analyzed by Castañeda as "a mixture of structural factors and management errors". His failures as a guerrilla leader in Congo and Bolivia are well-known; Anderson's detailed account of these expeditions as well as of other aborted missions attempted by Che's followers in various countries adds up to a anti-manual of guerrilla warfare - without the water of a supporting population, the foquista fish were doomed from the beginning. And in 1962, atomic war was avoided against his will, as revealed in a conversation with a British journalist referred to by Anderson and in a posthumously published article where Che philosophizes about the supposed willingness of the Cuban people to "sacrifice itself to the nuclear weapons, so that its ashes would have become the foundation of new social orders"...

Both biographies make excellent reading – due not just to the extraordinary life of their protagonist, but also to the stylistic and analytical skills of their authors.

*Gerhard Dilger*

**Jorge Rovira Mas (ed.): *La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI.* San José de Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica 2001. 603 páginas.**

La peculiaridad del caso costarricense en la historia y la realidad actual de América Latina es una evidencia que nadie ha conseguido explicar con suficientes argumentos para satisfacer a la mayoría de los científicos sociales, pero aparte la ciencia, es una evidencia –reitero– tan poderosa que lo mismo puede servir para sostener la dificultad de hablar de una evolución y de problemas comunes en la región, que como ejemplo de que es posible lograr en

ella un desarrollo paralelo, equilibrado y sin violencia de la economía, la sociedad y la política.

Una historia sin sobresaltos, que se puede decir abreviando, provoca una percepción de monotonía y continuidad en el acontecer costarricense a los ojos del observador atento a los resultados, pero no a los entresijos de los procesos –la mayoría de los que nos interesamos por saber cómo andan las cosas en tantos países y tan distintos (los de América Latina)–. Una de las aportaciones de la compilación de J. Rovira es desvelar los cambios que se esconden tras lo evidente a esa inmensa mayoría aunque, naturalmente, en la mente del editor y los autores que participan en el libro, tal contribución era sólo un valor añadido y resultado indirecto de la preocupación por ofrecer respuestas a quienes viven y piensan desde más cerca Costa Rica.

*La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI* es el resultado de las conclusiones de la Conferencia Internacional La Democracia en Costa Rica ante el Nuevo Siglo, que tuvo lugar en San José con motivo de la celebración del XXV Aniversario del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica entre el 29 y el 31 de mayo de 2000. Según Rovira fue, además, fruto de una inquietud perenne, aunque dinámica, de la preocupación que provocó la crisis de los años ochenta, que originalmente se pensó acabaría con lo que se ha llamado "la edad de oro del desarrollo nacional", pero a la postre acabó dando lugar a "un nuevo estilo" y "un nuevo rostro" en el que, como decimos, prevalecen muchos de los rasgos y virtudes del anterior –y también algunos vicios y defectos–, pero tras un severo ajuste, con importantes cambios y, sobre todo, diferentes restos.

La compilación de Rovira trata de responder a las principales preguntas que plantea el contexto descrito anteriormente desde una perspectiva multidisciplinar y aunando los esfuerzos de un colectivo compensado de madurez y juventud, ópticas nacionales y aportaciones extranjeras, análisis de largo plazo y de coyuntura. El resultado es, desde nuestro punto de vista, adecuado a los objetivos, muy ilustrativo y, citando la opinión de una de las autoras de la obra –J. Guzmán– que pudimos conocer y que de otra manera no habríamos podido saber, influyente hasta el extremo de provocar un debate que ha modificado los proyectos políticos costarricenses.

*La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI*, aparte de un prólogo del editor, de una introducción que este último firma junto a B. Leimbach, y de una bibliografía ordenada por temas, seleccionada también por el propio Rovira y J. Rodríguez, se divide en seis partes que agrupan, por sus contenidos, las veintiséis contribuciones presentadas a la conferencia que dio origen al libro.

La primera parte del libro aborda el problema del entorno de la democracia en Costa Rica, con artículos de K. Bodemer acerca del efecto de la globalización, la modernización y el desencanto político en los regímenes representativos; de E. Torres Rivas sobre la dialéctica reforma-revolución en perspectiva comparada –estudia los casos costarricense y guatemalteco–; de A. Artiga respecto a los procesos de estructuración de los actuales sistemas de partidos en los países de América Central, y de J. Lanzaro, que analiza un ejemplo ajeno a la región –"Uruguay, del bipartidismo al pluralismo bipolar"– y ofrece un contrapunto para enriquecer su conocimiento.

La segunda parte versa sobre los problemas y desafíos futuros. En ella, M. A. Seligson reflexiona acerca de los "¿Problemas en el paraíso?, la erosión del sistema político y la centroamericanización" costarricense en el último tercio del siglo XX,

y J. Mora en la necesidad de buscar nuevos caminos democráticos ante el deterioro de la calidad del sistema. H. Pérez Brignoli e Y. Baires, por su parte, hablan de una crisis en ciernes, F. Rodríguez y S. Castro indagan sobre el papel de la juventud en la política, y R. Salom en la manera de hacer aquélla actualmente en Costa Rica.

La tercera parte de la compilación de Rovira se dedica a los partidos políticos y al sistema democrático basado en ellos. A. Cortés analiza la cultura política en relación con él, K. Casas su dinámica, y el propio editor se pregunta si se está debilitando el bipartidismo que rige actualmente en Costa Rica, cuestión en la que profundiza R. Blanco al estudiar la acción y el espacio de las formaciones cantonales en ese contexto. Finalmente, O. Hernández estudia "El quiebre [sic] del voto en las elecciones de presidente y de diputados" entre 1962 y 1998.

La relación entre democracia, elecciones y política económica es el objeto de la cuarta parte de la obra y coincide prácticamente con el título y contenidos del artículo que firma J. M. Villaruso dentro de la misma. J. Peeler, por su parte, compara los casos venezolano y costarricense, prestando especial atención al papel de la elites; C. Reventos analiza la manera en que se aprobaron las medidas de ajuste del período 1980-1995 en un contexto democrático, y C. Sojo los problemas de exclusión social que éstas provocaron en el país y su efecto en la gobernabilidad.

Los cambios sociales y las nuevas formas de participación ciudadana preocupan a los autores agrupados en la sexta sección del libro. A. C. Escalante y M. Barahona analizan en sendos artículos la participación de las mujeres y de sus organizaciones en la construcción de la democracia costarricense y sus retos futuros, entre los que J. Guzmán destaca la potenciación de los derechos de los consumidores, de su ejercicio y protección. Finalmente J. Vargas estudia la auditoría popular de la calidad democrática costarricense.

Como conclusión, la sexta parte de la compilación de Rovira está dedicada a las reformas, electoral, de los partidos y del derecho constitucional, acerca de las cuales hace balance C. Arraya; del propio Estado y la democracia, sobre cuya necesidad y posibilidades reflexiona J. L. Vega. Acompañan a ambos ensayos, además, sendos artículos de R. Hernández y O. Fernández que contraponen el modelo parlamentarista y presidencialista y analizan los sistemas de representación en Costa Rica respectivamente.

En síntesis, como todo libro colectivo, la compilación de Rovira ofrece al lector contribuciones diferentes y de muy distinta calidad, pero en general de muy buena factura y, sobre todo, con contenidos coherentes con los objetivos de una obra que, explícitamente, se propuso abrir un debate sobre la democracia y sus retos en Costa Rica y, según parece, ya consiguió influir en los proyectos políticos, e implícitamente aporta a cualquier lector interesado un detenido análisis que le permite profundizar en el trasfondo de una realidad cuya evidente historia sin sobresaltos, parece que poco cambia.

*Antonio Santamaría García*

**Béatrice Ziegler/Beat Kleiner (eds.): *Als Kaufmann in Pernambuco 1888-1891. Ein Reisebericht mit Bildern aus Brasilien.* Zürich: Chronos Verlag 2001. 176 páginas.**

En el siglo XIX, la literatura de viajes formaba parte de los testimonios más leídos sobre los países no europeos. Ésta conserva su encanto todavía hoy aunque

*Revista de Indias, 2003, vol. LXIII, núm. 229*
*Págs. 767-782, ISSN: 0034-8341*

# PERÍODO COLONIAL

MONGE, Fernando, *En la costa de la niebla. El paisaje y el discurso etnográfico ilustrado de la expedición Malaspina en el Pacífico,* Madrid, CSIC (Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo nº 44) 2002, 240 pp.

Con *En la costa de la niebla. El paisaje y el discurso etnográfico ilustrado de la expedición Malaspina en el Pacífico,* Fernando Monge realiza un calado de fondo en un tema por el que muchos otros han navegado anteriormente. Esta circunstancia justifica y aclara en gran parte el carácter de esta obra que cuenta con un voluminosísimo aparato crítico compuesto por 558 entradas o títulos bibliográficos, en su gran mayoría referidos a las expediciones del siglo XVIII a la costa N.O. de América, muchos de ellos específicos de la de Malaspina, aunque tampoco faltan referencias a otras expediciones del siglo XVIII, estudios contemporáneos sobre los Tlingit Yakutat y otros grupos indígenas que ocupaban el área, o sobre la Ilustración europea y española; al igual que se incluyen títulos y autores de reconocido prestigio en el panorama de la teoría antropológica contemporánea. La bibliografía se desgrana a lo largo de la obra en 597 notas a pie de página que ocupan aproximadamente un tercio del texto impreso, lo que teniendo en cuenta su menor cuerpo tipográfico, muestra el total dominio del tema por parte del autor y la sólida formación como antropólogo e historiador puesta al servicio de la redacción del trabajo. Las 16 referencias a sus propias publicaciones sobre la expedición, entre ellas su tesis doctoral *La contribución a la etnología americana y oceánica de las expediciones científicas españolas: La expedición Malaspina (1789-1794)* (Universidad Complutense de Madrid 1991), indican que el tema tampoco es nuevo para él, sin embargo no se trata de una reelaboración o actualización de trabajos ya publicados, pues como dice Fernando Monge, su tesis es utilizada como un documento más en su objetivo de realizar un nuevo nivel de análisis en el campo de la antropología histórica. De hecho él mismo especifica que la inclusión de la palabra «niebla» en el título de la obra que por lo demás es suficientemente preciso sobre su orientación y contenido como para necesitar más aclaraciones, no sólo responde a la característica climatológica que durante muchos días acompañó a los expedicionarios impidiéndoles en más de una ocasión la descripción física del paisaje, sino también a toda esta ingente bibliografía previa que no siempre sabe aclarar las circunstancias y condicionamientos que a modo de niebla empañan la interpretación de las descripciones.

Consecuente con sus planteamientos en el primer capítulo además de hacer una exposición teórica sobre las relaciones entre Antropología e Historia, realiza un análisis critico del estado de la cuestión en el que valora las aportaciones de historiadores y antropólogos y los posibles enfoques teóricos, quedando patente sus simpatías (postmodernismo) y fobias (Clifford Geertz).

Los estudios sobre los indígenas de la costa noroeste de América están en su gran mayoría basados en la documentación de archivo generada por las expediciones ilustra-

das a través de las cuales la cultura occidental y las autóctonas del área entraron en contacto, ya que la información arqueológica es muy escasa y, tras la colonización, los cambios sufridos han sido demasiado profundos. La segunda era de las expediciones tras el descubrimiento de América (1764-1806), centrada en la exploración científica del Pacífico, acontece durante la Ilustración y estará claramente determinada por las características de este periodo en las diversas naciones europeas, incluyendo España; no sólo en sus aspectos más humanísticos, como el afán de conocer e interpretar las nuevas culturas americanas que se tratarán de identificar con el concepto del «buen salvaje» acuñado por Rouseau, sino también en aspectos puramente políticos: el control y la explotación comercial de las costas del Pacifico y su reparto entre unas y otras naciones, el dominio de Alaska, o la búsqueda del paso del noroeste.

Tras esta contextualización, el autor analiza las limitaciones del explorador ilustrado como agente de las descripciones de los habitantes de la costa noroeste y el Pacífico, destacando la escasez de los contactos, que suelen tener un carácter comercial con estancias de muy escasa duración, el desconocimiento del idioma y los condicionamientos o las predisposiciones culturales en su visión del otro que tienen los escritores del siglo XVIII. En el análisis estilístico de las monografías sobre el Pacífico de las que Fernando Monge dirá: «tienen el tono épico o moral de la novela del siglo XIX pero más soterrado e inconsciente», se singulariza el caso español con un estilo más pragmático y frío, plenamente ilustrado y no concebido para su publicación, sino como informes sobre el área, destacando la autocrítica hacia la situación colonial. Centrándose ya en los indígenas de la costa noroeste de América enumera los cinco documentos utilizados para su análisis generados a lo largo de tres viajes españoles a las costas noroeste de América entre 1791 y 1792:

1º *Viaje político-científico alrededor del mundo por las cobertas* Descubierta *y* Atrevida *al mando de los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794*; 2º *Diario del viaje de José Espinosa y Tello por la costa noroeste con la expedición Malaspina, 1791*; 3º *Relación del viaje hecho por las goletas `Sutil´ y `Mejicana´ en el año de 1792 para reconocer el estrecho de Fuca*; 4º *Diario de Tomás de Suria* en su viaje con Malaspina a la Costa Noroeste de América en 1791; 5º *Noticias de Nutka* de José Mariano Moziño. El autor destaca por la cantidad de noticias generadas gracias a un mayor periodo de estancia, las *Noticias de Nutka* de Moziño aunque al ceñirse su trabajo a la expedición de Malaspina, será la documentación recogida por éste (el primero de los documentos) en donde centrará su análisis, aunque también se utilizará y contrastará con el diario no oficial realizado por el dibujante Tomás Suria. Estos dos diarios difieren entre sí; el general se escribió después de la expedición y a los datos obtenidos en ella, se suman las descripciones realizadas antes por otros expedicionarios (Cook, Anderson y Dixon). Malaspina refleja un tipo de expedición científica sin apoyo terrestre y escasa información previa, sus principales objetivos son la búsqueda del paso del noroeste y la recogida de información etnográfica sobre los indígenas (los Tlingit Yakutat), especialmente las posibilidades para el comercio. Mientras que el pintor Suria además de los dibujos de los nativos y la costa, confeccionó un verdadero diario imitando a los oficiales, aunque como suele ser normal en este género, algunos días no escribió y las fechas entre uno y otro no siempre coinciden.

Partiendo del puerto de Acapulco en las fechas veraniegas más favorables para una expedición hacia las frías latitudes, las dos corbetas, *Descubierta* y *Atrevida* navegan bordeando la costa durante 58 días, los avatares de la travesía y la descripción física del

paisaje han quedado recogidos en las dos descripciones, más ampliamente en el de Suria. El 27 de junio de 1791 llegan a puerto Mulgrave en la actual bahía de Yakutat en Alaska allí son recibidos por los nativos Yakutat y permanecerán en contacto con ellos tan sólo durante nueve días, hasta el 5 de julio.

En la descripción de Malaspina se refleja como fue el encuentro, en el que los indios entonaron el «himno de la paz» y los primeros intercambios comerciales (salmón y artesanías por indumentarias e instrumentos), reservándose los autóctonos las pieles de nutria para los últimos momentos. La anterior presencia de otros expedicionarios como Dixon no sólo es recordada por los nativos sino que sus indumentarias occidentales la ponen en evidencia. El equilibrio mezcla de alianza y enemistad entre unas y otras tribus es mencionado con motivo de la visita de una de ellas. Mientras que el robo de una chaqueta por parte de los nativos parece ser el principal motivo de un enfrentamiento entre autóctonos y visitantes (Suria mencionará más hurtos), destacando también la pretensión de «apropiarse» de un filipino que viajaba en la expedición y al que consideran de su misma raza.

Fernando Monge centra su análisis en la *Descripción* de Malaspina, que más que la visión del «otro» refleja la del intermediario quien aplica sus propias categorías (sistema filosófico o entramado lógico) para la comprensión y descripción de lo visto. Así la descripción física del territorio dividido en tres áreas geográficas se ciñe a la utilidad que para los expedicionarios tenían los recursos naturales y la conexión del medio con las características culturales y sociales de los nativos (Suria cree distinguir diferencias físicas según fueran pescadores o cazadores).

Sobre los indígenas quizá lo más destacado de la descripción de Malaspina es su consideración de que todos los habientes de la costa noroeste (de los que hoy en día se sabe la existencia de varios grupos totalmente diferentes) constituyen una sola nación. Para ello se basa en conceptos de tipo cultural según el tipo de vida, el modelo de sociedad y sus utensilios sin que las diferencias de lengua, las enemistades entre unas y otras tribus u otros signos distintivos apreciados menoscaben esta concepción que se ajusta bastante bien al modelo de nación española del XVIII. Se trata de dar la visión de todo el área, más que de un grupo concreto. Los tres principales temas de interés en su «Descripción de los indios del puerto Mulgrave» son el mando y la jerarquía, que no comprende demasiado bien por no ajustarse a su categoría (los jefes a modo de *primus inter pares* no dan signos de tener un mejor nivel de vida que el resto), la cuestión de las mujeres que les ofrecen y la venta de niños y por último su habilidad comercial con la que logran un beneficio colectivo de los intercambios individuales y ante la cual los expedicionarios, tanto de en este caso como en expediciones anteriores tienen la sensación de ser continuamente engañados por los nativos.

Tras el minucioso análisis de estos temas y la literatura que han generado Fernando Monge concluye que la visión unitaria de las tribus de la costa noroeste americana vertida en la expedición Malaspina en cierto modo se asemeja a la actual, acentuándose las interconexiones por guerras, comercio y rituales redistribuidos, pero se deforma al sobrevalorar una parte sobre el todo, advirtiéndose de la necesidad de utilizar estas fuentes con prudencia, capacidad crítica y reflexiva dentro del contexto ilustrado en que se generaron. Hay que analizar a los visitantes y a los visitados bajo un mismo foco para desarrollar una antropología histórica.

Se trata en fin de un libro sugerente y denso aunque para su total comprensión requeriría no sólo una formación en la teoría antropológica sino también ciertas nociones y

lecturas previas sobre el área descrita. Sin lugar a dudas abrirá nuevas vías de interpretación y valoración de las expediciones científicas del siglo XVIII y la forma en que se produjeron los contactos entre dos mundos culturales bien distintos.

Matilde FERNÁNDEZ MONTES
CSIC, Departamento de Antropología

## PERÍODO CONTEMPORÁNEO

NARANJO, Consuelo; LUQUE, María Dolores y PUIG-SAMPER, Miguel Ángel (editores), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*, Madrid, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras-Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002 (Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo, nº 46), 412 pp.

Tal como lo define en el primer párrafo de su prólogo, José Luis Vega —Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras—, este libro es el «recuento de un apasionante episodio de historia cultural de alcance transatlántico» (p. 13). Antes que nada quisiera destacar que la lectura de la aventura intelectual que aquí se recoge resulta fácil y fluida, gracias al equilibrio en la presentación de los contextos ideológicos y científicos en que se desenvuelven los hechos, y de las figuras de sus personajes centrales, que se hacen vívidas mediante el uso de documentación particular y privada, lo que logra un retrato eminentemente dinámico de las circunstancias y las acciones de los protagonistas individuales y colectivos. Junto a esto, una segunda característica es que, a pesar de ser un libro en el que han intervenido diez autores, la coherencia que muestra su estructura, que, sin duda, debe apuntarse como un acierto de los editores, permite su lectura como si de una obra monográfica se tratara.

A través de los tres capítulos iniciales nos introducimos en el contexto de la ideología política y las propuestas culturales que la sociedad puertorriqueña crea para enfrentarse a los problemas de su construcción nacional. La situación de Puerto Rico en la borrosa frontera del Estado, su particular forma de doble colonización y la fuerza de su reivindicación identitaria basada en rasgos culturales convierten a la Isla en un terreno privilegiado para el estudio de los sistemas de dominación colonial y postcolonial y para la observación de la compleja dinámica de interrelación de la diferencia en los distintos niveles de poder ideológico y político, no solo en el Caribe, sino en el contexto más amplio de América Latina. Si la situación especial de Puerto Rico como posibilidad de mantenimiento de una identidad mestiza e intersticial bajo la presión postcolonial de la «potencia» por antonomasia en el mundo de hoy produce ya de por sí gran interés, a éste se une, a mi juicio, la poca atención que le han prestado los historiadores españoles que se ocupan de América, que acompaña al escaso conocimiento que la opinión general tiene acerca de un Estado tan importante en su propia historia política y cultural.

En este sentido sirve de perfecta introducción el primer capítulo del libro: «Política y nación cultural: Puerto Rico 1898-1938», debido a Mª Ángeles Castro Arroyo, de la Facultad de Humanidades, de la Universidad de Puerto Rico (pp. 17-48), que acomete una exposición, circunscrita al periodo cronológico que es objeto de estudio, de las relaciones políticas entre Puerto Rico y EE. UU. Se parte de la base de que la situación de dependencia económica y de dominio total de los norteamericanos hacía inviable una política

independentista, ante lo cual, el nacionalismo se volcó en el terreno de la cultura, en una búsqueda de una identidad nacional independiente, pero que no lleva aparejada la soberanía política: la nación es la cultura. La autora se refiere a la «ciudadanía sin soberanía» como vía que permitía no renunciar a largo plazo a la independencia, sin entrar en abierto conflicto con la gran parcela de poder administrada por EE. UU.

Después de 1898 en Puerto Rico quedaron muchos españoles y fueron otro sujeto actuando en el panorama de conflicto de orígenes, cultura e intereses político-económicos en el cambio de potencia colonial. Jaime Moisés Pérez Rivera, de la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico, entra en este tema, al que ha dedicado su tesis doctoral, en el capítulo titulado, «El papel de las asociaciones españolas en el fomento de las relaciones culturales entre España y Puerto Rico, 1898-1929» (pp. 49-91). En su erudito examen de las asociaciones culturales en Puerto Rico tras la guerra y sus actividades, el autor manifiesta la existencia de continuidad en los discursos tras la descolonización y de un giro adaptativo hacia el iberoamericanismo; tendencias que se mantienen luego hasta los años treinta. No obstante, de los numerosos datos aportados se deduce una considerable pobreza intelectual en las elites españolas de Puerto Rico y en sus creaciones corporativas, así como un discurso muy conservador. En este sentido, habría sido útil un análisis comparativo entre la exaltación hispánica que proponen estas elites y la imagen de la colonia que paralelamente divulgaban los norteamericanos, asunto al que solo se dedica una referencia a una obra concreta (p. 90).

Este primer bloque del libro, que expone la situación de los debates intelectuales en Puerto Rico en torno a la lengua y la cultura, en los primeros treinta años de dominación norteamericana, se cierra con el trabajo de Libia M. González, de la Facultad de Estudios Generales, de la Universidad de Puerto Rico, sobre «Memoria y representación: España en Puerto Rico 1900-1930» (pp. 93-120). En su contribución, que sirve de perfecto complemento al texto de Pérez Rivera, la autora expone el proceso por el cual ya en 1930 la situación de dependencia económica y política de los EE. UU. hace a las elites cultas de la Isla volverse hacia la ideología panhispanista y al pasado español que, depurado de sus aspectos negativos, aparece idealizado de un modo romántico frente a la «modernidad» impuesta por el nuevo colonizador, que mantiene al «país» en una posición de total sumisión, sin proporcionar tampoco desarrollo económico. La dedicación de Libia M. González a la creación del imaginario nacional puertorriqueño hace que en su análisis, además del habitual discurso intelectual y literario, tengan cabida también otros elementos simbólicos (escudo, pintura, productos emblemáticos, etc.).

Aunque también representa una continuidad en el relato cronológico, con el capítulo firmado por los editores del libro: «Hacia una amistad triangular: Las relaciones entre España, Estados Unidos y Puerto Rico» (pp. 121-152) se entra de lleno en lo que es su núcleo central; el estudio de las complejas relaciones que se desarrollan en las décadas de 1920 y 1930 entre intelectuales, científicos y representantes académicos de tres países: Puerto Rico, España y Estados Unidos, cada uno representando uno de los vértices de la que a lo largo del libro se alude en numerosas ocasiones como relación triangular, que tendrán como resultado el que será uno de los momentos más brillantes de la joven universidad establecida en Río Piedras y que, en un orden más general, constituye un momento privilegiado para observar la articulación de dos paradigmas influyentes y enfrentados: el panamericanismo y el (pan)hispanismo. En este artículo se presentan los materiales y documentación de las instancias institucionales y las personas que, a partir de ahora van a aparecer continuamente

en el libro: la Junta para Ampliación de Estudios y el centro de Estudios Históricos de España, la Universidad de Columbia y la Universidad de Puerto Rico; Federico de Onís, Tomás Navarro, Thomas E. Benner, Josephine Holt, Antonio S. Pedreira, etc. La experiencia de Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper en el manejo de las fuentes documentales sobre la historia intelectual y científica española en el primer tercio del siglo XX, a la que se une la aportación puertorriqueña de parte de María Dolores Luque, se pone aquí al servicio del examen de la evolución de las ideas sobre la preeminencia de la cultura hispánica en América, desde sus plasmaciones regeneracionistas, por parte de Rafael Altamira, por ejemplo, hasta la más moderna búsqueda de una política cultural española en el exterior, por parte de la Junta para Ampliación de Estudios, adaptada al expansionismo (no solo cultural) norteamericano de las primeras décadas del siglo XX. Puerto Rico, y su Universidad, representa el punto de unión de estas dos políticas expansionistas de EE. UU. (panamericanismo) y España (panhispanismo, iberoamericanismo): a esto es a lo que se alude en el libro como «amistad triangular»[1]. A mi juicio es muy significativo el símil que esta denominación repetida en el libro supone con lo que más habitualmente se entiende por un «triángulo» amoroso —las relaciones de una joven «nación» con sus dos «pretendientes» coloniales— y muy fértiles, aunque tal vez no conscientemente buscadas, las asociaciones que sugiere de desigualdad, seducción, desconfianza y engaño.

Una perfecta continuación del anterior constituye el artículo de Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper, del Instituto de Historia del CSIC, «Relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico» (pp. 153-189), que analiza pormenorizadamente dos lados del «triángulo». Con la utilización de documentación original —como es habitual en otras obras de los autores— proveniente de archivos españoles, pero sobre todo aquí del personal de Federico de Onís, y haciendo protagonistas a los científicos que, con su trabajo y su gran generosidad, contribuyeron a la transformación de una España añeja en una nación con vocación de modernidad y contactos exteriores, se expone la intervención del Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal, y donde trabajaban Américo Castro, Tomás Navarro, Samuel Gil y Gaya, Manuel García Blanco, etc., en la creación del Departamento de Estudios Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico, auspiciada por otro colaborador del grupo de filólogos del Centro, Federico de Onís, desde su puesto como profesor en la Columbia University de Nueva York, y por el rector de la Universidad puertorriqueña, Thomas Benner.

Desde la otra orilla transatlántica, Laura Rivera Díaz y Juan G. Gelpí, de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, se ocupan en su contribución de «Las primeras dos décadas del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico: Ensayo de historia intelectual» (pp. 191-235). El trabajo de Rivera y Gelpí puede ser leído (obviamente, entre otras muchas posibilidades) como un «contrapunteo» del de Naranjo y Puig-Samper, ya que enfoca hechos similares desde un punto de vista particular, que coloca a Puerto Rico en el centro. Así, se analizan los datos con un especial énfasis en las luchas de poder nacionales, a través de los discursos de los intelectua-

[1] En realidad se alude, como cita literaria, al título de una famosa conferencia, «Una amistad triangular», de William Shepherd, profesor de la Columbia University, pronunciada con motivo de la celebración del 25 aniversario de la fundación de la Universidad de Puerto Rico y que aparece como apertura del primer número de la *Revista de Estudios Hispánicos*, del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico (tomo I, nº 1, 1928, pp. 1-17).

les, y se ubican las contraposiciones entre españoles y norteamericanos por hacerse con el control de la Isla como un centro estratégico para la expansión de sus respectivas políticas culturales; sin olvidar tampoco mencionar el escaso peso que los propios puertorriqueños tuvieron en las distintas iniciativas. En este capítulo, como en ningún otro del libro, aparece, aunque no sea explícitamente, el lado largo del triángulo —el norteamericano— como el dominante; el que dicta como principio de actuación el panamericanismo; al que responden de distinta forma puertorriqueños y españoles y ante el cual la figura de Federico de Onís se eleva como mediador posibilista.

En un distinto nivel de profundización, entramos, a partir del capítulo siete del libro, en el abordaje de los actores concretos de los hechos que se están exponiendo. El más sobresaliente de ellos es objeto de la contribución de Matilde Albert Robatto, de la Facultad de Humanidades, de la Universidad de Puerto Rico, «Federico de Onís entre España y Estados Unidos (1920-1940)» (pp. 237-266). Onís es indiscutiblemente el personaje central en la reorganización de los estudios de lengua y cultura española que el rector Thomas E. Benner —un liberal no excesivamente dócil a la política metropolitana en materia cultural— emprendió en la década de 1920 en la Universidad de Puerto Rico, donde, desde su creación en 1903, la enseñanza del inglés había ido ganando terreno inexorablemente. Se trata además de una figura clave en la difusión de los estudios hispánicos en Estados Unidos y representa pulidamente el modelo de hombre nuevo que la Junta para Ampliación de Estudios y otras instancias renovadoras de la educación superior en España habían propuesto en las primeras décadas del siglo XX como la única posibilidad de desarrollo y evolución positiva para el país en el contexto del mundo moderno. Su pertenencia como profesor a la Universidad de Columbia y su familiaridad con la cultura y los medios académicos anglosajones hicieron que, a juicio de Benner, fuera la persona ideal para organizar los estudios hispánicos en Puerto Rico. La salida de la Universidad de Benner fue acompañada por la renuncia de Onís, en 1929, a dirigir el Departamento de Estudios Hispánicos. Sin embargo, desde Nueva York siempre mantuvo el contacto con la Isla y sus amplias redes académicas sirvieron a muchos exiliados de la guerra de España, que habían sido compañeros y colaboradores en el Centro de Estudios Históricos, para encontrar acomodo en diversos países americanos. Desde 1935 no volvió a España y, a su muerte, legó su biblioteca y archivo a la Universidad de Puerto Rico. En contrapartida ésta fundó un Seminario que lleva su nombre. Este Seminario Federico de Onís ha sido dirigido por Matilde Albert, quien, durante 1995 y 1996, coordinó la reorganización de la biblioteca y el archivo particular de Onís, al que este libro debe buena parte de su valiosa documentación original (pp. 262-263).

Si Onís fue, como hombre de acción, el ejecutor de importantes planes académicos, Tomás Navarro Tomás fue no sólo un imprescindible colaborador en estos proyectos, sino además, el primer investigador sistemático de la lengua española en Puerto Rico. María Vaquero, de la Facultad de Humanidades, de la Universidad de Puerto Rico, se ocupa de estas contribuciones: «Navarro Tomás en Puerto Rico: Capítulo de una relación articulada en los 'Tónicos de la voluntad'» (pp. 267-305). La autora, que ya en 1999 se ocupó de la edición conmemorativa del libro de Navarro *El español de Puerto Rico* (1948), elabora su contribución a este libro colectivo en torno a dos ideas; por una parte, la propia identidad de Navarro Tomás como intelectual comprometido con su tiempo y en la superación del atraso científico y cultural de España —de ahí la referencia en el título del trabajo al discurso de entrada de Ramón y Cajal en la Academia de Ciencias— y, por otra, la cuestión del «ideario lingüístico» y la «cuestión del idioma» en Puerto Rico, en relación con su identidad nacional. Analiza, así, en primer lugar la situación de la enseñanza y el conocimiento del

español en la Isla, para exponer después el contexto científico e histórico en que debe colocarse la obra de Navarro Tomás y, por último, se centra en la investigación de geografía lingüística llevada a cabo por él en Puerto Rico, que comenta pormenorizadamente. Este análisis sobre el *Atlas Lingüístico de Puerto Rico* viene a cerrar los enfoques y niveles de análisis que contiene el libro, con la visión, no ya de retóricas o discursos generalizadores sobre la importancia de la lengua, la ciencia y la cultura, y acerca de la necesidad de la apertura al exterior de los países para conseguir su desarrollo, sino de una plasmación práctica y concreta, dentro de un programa de dedicación al conocimiento y al estudio.

Las contribuciones del libro se cierran con un capítulo que retoma en su título el general del libro: «Los lazos de la cultura se convierten en lazos de solidaridad: Los inicios del exilio español» (pp. 307-319), debido a Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper. Este texto puede verse, por un lado, como un artículo final y de ruptura, por cuanto, lo que en él se cuenta se inicia con la guerra civil, que pone fin a instituciones, carreras, proyectos y vidas involucradas en los hechos en que nos hemos detenido hasta ahora; es decir, cierra un periodo, el que cronológicamente se acotaba en el título del libro. Pero, a la vez, supone también un capítulo inicial, por cuanto, a pesar de la guerra y, sin duda, por su causa, las relaciones de los intelectuales progresistas separados por el Atlántico no sólo no terminan, sino que se acaban convirtiendo en permanentes. La dureza de las primeras épocas del exilio de los científicos que habíamos visto aparecer hasta ahora por las páginas de este libro desarrollando sus carreras y sus proyectos, surgen en su final con la fuerza de las cartas personales a amigos en el exterior, en busca de ayuda, consuelo y desahogo. Américo Castro, que se exiliará primero en Argentina, para ser luego profesor en distintas universidades norteamericanas, se muestra clarividente sobre las posibilidades futuras de retorno para los intelectuales republicanos, en una carta que escribe a su amigo F. de Onís, desde Madison, el 22 de abril de 1938: «No perdonan el pasado, ni el tener sesos. Es la España fernandina, pero sin que sea metáfora [...] Siempre me río cuando oigo que tendrán que llamar a este y a aquel, porque no tienen gente, etc. No. No llamarán a nadie [...] quieren estar *en familia*. Si esos hombres llegan a poder entrar en España, vivirán en la sombra y como los penitenciados del Santo Oficio, que recobraban la libertad» (p. 313).

Además de las muchas cartas reproducidas a lo largo del libro, se publican al final dos valiosos apéndices epistolares. En el primero se reproducen cartas de Federico de Onís a varios intelectuales españoles y en el segundo, una selección de su correspondencia durante la guerra civil. Una útil bibliografía general, que recoge todas las referencias hechas en sus páginas, cierra la obra colectiva.

Aunque ya se ha hecho mención de que *Los lazos de la cultura* es una obra en sí muy homogénea y más parecida a una monografía que a una *colectanea*, me gustaría resaltar ahora otro rasgo de coherencia que no puede extraerse sólo de su lectura. Me refiero a su carácter como nueva contribución dentro de una línea de trabajo que dirigen los dos editores del libro que trabajan en el CSIC, centrada en la historia de la cultura y de la ciencia española en sus relaciones con algunos países americanos. Los trabajos de Consuelo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper sobre las actividades americanas de los científicos españoles de la Junta para Ampliación de Estudios, sobre la Institución Hispano-Cubana de Cultura y sobre el exilio de los hombres y mujeres de ciencia tras la guerra son ya bien conocidos. Pero, de igual forma, son muy numerosas sus iniciativas para agrupar, en torno al debate y estudio de estos mismos temas, a investigadores y profesores de muy distintas procedencias, disciplinares y nacionales. El que este proyecto inicial de Consue-

lo Naranjo y Miguel Ángel Puig-Samper haya podido contar con otros nueve estudiosos pertenecientes a la Universidad de Puerto Rico habla bien a las claras de su amplitud de miras y de su capacidad para aglutinar y unir fuerzas y nos muestra también la permanencia de «los lazos de la cultura».

Carmen ORTIZ GARCÍA
Dpto. de Antropología. CSIC. Madrid

*Orígenes del pensamiento cubano I (hasta 1868)* [*CD-Rom*], Biblioteca Digital de Clásicos Cubanos, Madrid, Fundación Mapfre Tavera y Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, Universidad de La Habana, 2002, 10.000 pp. aproximadamente.

La Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de La Habana (Cuba), y la Fundación Mapfre Tavera (Madrid, España), acaban de publicar el *Orígenes del pensamiento cubano I*, primer *CD-Rom* del proyecto «Biblioteca Digital de Clásicos Cubanos», reproducción electrónica y en facsímil de la «Biblioteca de Clásicos Cubanos», iniciativa editorial que condensa más de treinta años de investigación y que supone el estudio y compilación de las obras creadas por las principales figuras históricas de la filosofía, la economía, las ciencias y el pensamiento político y social en la mayor de las Antillas.

El primer volumen de la «Biblioteca Digital de Clásicos Cubanos» incluye varios de los libros de algunos de los principales pensadores insulares de la primera mitad del siglo XIX, concretamente del período anterior a la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y, según el editor y director de dicha Biblioteca, Eduardo Torres-Cuevas, padres de las ciencias y la cultura del país y de su nacionalidad. Se trata, básicamente, de los que se reunieron en torno al Seminario de San Carlos y San Ambrosio de La Habana, comenzando por José Agustín Caballero, que vivió entre 1762 y 1835, filósofo y uno de los mentores del reformismo ilustrado, del proyecto autonómico y la crítica a la esclavitud, además de maestro de Félix Varela y Morales.

Hay un consenso como pocos en la Historia de Cuba acerca de que en Varela y Morales (1788-1853) están las raíces del pensamiento y la intelectualidad insular, el germen de las ideas que culminaría en el proyecto martiano. Desarrolló estudios sociales y jurídicos, en los que defendió por primera vez tesis independentistas que según el referido Torres-Cuevas, constituyen una verdadera «teoría de la emancipación».

Además de las obras de Caballero y Varela y Morales, en uno y tres volúmenes respectivamente, los *Orígenes del pensamiento cubano I*, incluyen los *Papeles* del Obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa (1756-1832), más conocido como Obispo Espada, fruto de la labor de mecenazgo e impulsor de la modernización de Cuba que concentró los esfuerzos de su autor, y que hasta ahora no habían sido publicado íntegramente. En ellos se encuentra, además, el primer proyecto de reforma de la agricultura insular desde un ángulo en su momento novedoso, pero que después desarrollarían infinidad de pensadores: el fomento y la protección de la pequeña y mediana propiedad y del campesinado ligado a ella.

Tanto en el caso de los libros ya mencionados, como en el de los demás reunidos en el *CD-Rom*, la labor de edición no se ha limitado a una mera transcripción documental, sino

que es resultado de un esfuerzo de búsqueda y contraste de sus diferentes versiones, impresas y manuscritas, en archivos y bibliotecas, con el fin de cotejarlas y de corregir los errores existentes en publicaciones anteriores. Cada una cuenta, además, con un estudio introductorio de un especialista, una cronología de la vida y obra del autor en cuestión y una bibliografía que comprende sus estudios y los trabajos realizados acerca de cada uno de ellos.

Felipe Poey y Aloy (1799-1891), José Antonio Saco (1797-1879), y José de la Luz y Caballero (1800-1862) fueron tres de los alumnos más aventajados de Varela y Morales y sus obras forman parte también de la selección de *Orígenes del pensamiento cubano I*. La digitalización de las obras, la *Ictiología cubana* y la *Ictiología cubana. Atlas*, del primero es especialmente importante, pues hasta ahora sólo contábamos con sus ediciones originales decimonónicas, de manera que se puede decir que la presente publicación ha tenido también como objetivo recuperarlas.

Poey y Aloy es, probablemente, el padre de la moderna ciencia cubana, autor de una geografía que insiste en lo no-europeo, por contraste con las realizadas en su época en el Viejo Continente, así como de la referida *Ictiología*, que estudia la práctica totalidad de la fauna de la plataforma marina insular, cuya edición en el *CD-Rom* estuvo a cargo del recientemente fallecido, Dr. Darío Guitart Manday. El original cubano de esta obra —hay otro en España—, además, era el que se hallaba en unas condiciones más lamentables de deterioro, a pesar de que cuando se publicó recibió un amplio reconocimiento internacional y varios galardones en Francia y Holanda.

Saco es, seguramente, el intelectual más conocido, polémico e influyente de Cuba en el siglo XIX junto con José Martí, aunque aquél primero para los dos tercios iniciales de esa centuria y el segundo para su década final fundamentalmente. Desarrolló estudios políticos, sociales y económicos, que incluyen una aguda crítica al colonialismo español, pero también a las posiciones anexionistas (de la isla a los Estados Unidos) de su época, una defensa de la autonomía y un alegato antiesclavista. De él se editan en el *CD-Rom* los tres tomos de sus *Papeles*, publicados entre 1856 y 1858, y la *Colección póstuma*, que contiene sus obras posteriores a la última fecha mencionada y su epistolario completo.

*La historia de la esclavitud* de Saco será editada en un segundo volumen de los *Orígenes del pensamiento cubano*, junto con las obras de otros autores que completan las de esta primera selección, como las de Francisco Arango y Parreño, sagaz intelectual y político y principal exponente del pensamiento de los azucareros esclavistas de la Gran Antilla; el *Epistolario* de Domingo del Monte, recopilación de las cartas enviadas por éste a un selecto grupo de pensadores insulares con debates literarios y socio-políticos.

*Orígenes del pensamiento cubano II*, que se publicará próximamente, incluirán también la edición de los escritos de Tomás Romay y Chacón, otro de los padres de la ciencia moderna en la isla caribeña, y de los tres volúmenes de la *Polémica en torno a la liberación* que, en opinión de Torres-Cuevas, contienen el debate teórico en torno al destino de Cuba desarrollado entre los años 1860 y 1890.

Volviendo a los *Orígenes del pensamiento cubano I*, su selección se completa con la *Polémica de la filosofía cubana* o *La polémica filosófica*, debate que tuvo lugar en el período 1838-1840 y que confirió al citado De la Luz y Caballero el reconocimiento como el más importante pensador y teórico de la isla en ese momento, cuyas obras se editan en cinco volúmenes en el *CD-Rom*.

En total, la edición digital que nos ocupa reúne unas 10.000 páginas, rigurosamente editadas, como los muchos otros trabajos realizados ya por Digibis y la Fundación Map-

fre Tavera (antes Fundación Histórica Tavera), y a texto libre, lo que ofrece al lector una poderosa herramienta de búsqueda, consulta, recuperación y tratamiento de la información, además de las múltiples posibilidades que ofrecen las publicaciones digitales.

Aparte de las diferentes opciones de visualización (rotación, inversión de la imagen, *zoom*, modificación de los niveles de contraste), la edición digital permite imprimir cualquier parte de la misma con una calidad de reproducción muy superior a la de una fotocopia convencional, o archivarla en otro soporte magnético. Además de esto y de las referidas búsquedas en los contenidos a través de los índices o de criterios personalmente definidos por el usuario; es decir, de un acceso integral y sencillo a la información, los *Orígenes del pensamiento cubano I*, incluyen aportaciones más específicas como, por ejemplo, una mecanismo que relaciona la imagen del citado *Atlas* de Poey y Aloy con su descripción taxonómica en dos volúmenes de texto, muestra muy ilustrativa de las posibilidades técnicas para añadir valor a la obra escrita o dibujada.

La calidad e importancia de los trabajos incluidos en *Orígenes del pensamiento cubano I*, sobre todo teniendo en cuenta que se completará con otro volumen del mismo valor, más aún con el tipo de edición elegida y los recursos que ofrece para la lectura, consulta y uso de la información, constituyen sin duda una de las más importantes aportaciones recientes al conocimiento de la historia de Cuba.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC

PIQUERAS, José Antonio (comp.), *Azúcar y esclavitud en el final del trabajo forzado*, Madrid-México, Fondo de Cultura Económica de España, 2002, 398 pp.

Escribo este comentario precisamente dos años después de producirse los trágicos acontecimientos en Nueva York que dificultaron la reunión del total de los especialistas invitados al Segundo Coloquio Internacional de Historia Social celebrado en Castellón y Benicàssim del 1 al 3 de octubre de 2001, fruto del cuál es este trabajo colectivo coordinado por José Antonio Piqueras —instigador entusiasta del debate intelectual— y dedicado a la figura del historiador cubano entonces recién fallecido Manuel Moreno Fraginals quien, ya en su día, estudiara los factores que —en mayor o menor medida— contribuyeron a la supresión de la esclavitud en el Caribe español, el tema de reflexión planteado en el coloquio.

Asimismo, hay que destacar que esta obra incluye las investigaciones de miembros de la Unidad Asociada de «Historia Social Comparada», CSIC-Universitat Jaume I, que dirigen los doctores Consuelo Naranjo Orovio y José Antonio Piqueras desde sus respectivas instituciones y que centra sus estudios en la creación de espacios sociales, la delimitación de los espacios públicos y la extensión de los conflictos al ámbito de la esfera política en la región del Caribe español durante la época colonial y el siglo XX.

Desde el preámbulo e introducción al libro, José A. Piqueras ofrece una visión ampliada y dinámica de los variados elementos que concurrieron en la provisión y rentabilidad de la mano de obra esclava, el camino a su abolición y transición al trabajo libre, así como las consecuencias de dichos procesos para Cuba y Puerto Rico, teniendo en cuenta

que la etapa álgida de la producción azucarera y del sistema esclavista en ambas sociedades se produjo justo en vísperas de la supresión de la trata legal transatlántica por Inglaterra (1807) y Estados Unidos (1808), momento en que se abrían paso las ideas abolicionistas. Las quince contribuciones de esta obra abordan con nuevos enfoques y evidencias empíricas el asunto pendiente y muy debatido en la historiografía esclavista sobre el Caribe y más aún sobre Cuba, de cuál fue la sucesión de causas que llevó a la supresión del sistema de trabajo forzado, una vez alcanzado el consenso en otros aspectos del proceso transformador de la producción azucarera.

Las diferencias se revelaron ya con los primeros estudios sobre la esclavitud de figuras coetáneas a tan peculiar «institución» como José Antonio Saco, Ramón de la Sagra y Juan Poey quienes la responsabilizaron del atraso de la producción azucarera y de la inviabilidad de la libertad civil, seguidos de los trabajos de historiadores como Raúl Cepero Bonilla, Julio Le Riverend y Manuel Moreno Fraginals que pusieron de relieve la mentalidad esclavista y racista del reformismo cubano anterior a 1868 y ahondaron en el proceso de transformación de la producción azucarera en su doble aspecto técnico y humano. La renovación historiográfica se ha venido multiplicando en los últimos quince años con trabajos como el de Rebeca Scott que destaca la acción colectiva de resistencia y oposición esclava como el factor principal del declive del sistema o la probada viabilidad económica del trabajo esclavo hasta el momento de su abolición en opinión de Laird W. Bergad, dos autores participantes en esta obra y cuyas visiones son matizadas, ampliadas o contestadas por parte de otros destacados especialistas como Herbert S. Klein, Gloria García, Antonio Santamaría, Robin Blackburn, Pablo Tornero y Consuelo Naranjo, entre otros.

El libro está dividido en tres partes, la primera dedicada a examinar la provisión de mano de obra a la economía azucarera mediante dotaciones de esclavos y la transición al trabajo libre, con estudios sobre el comercio atlántico de africanos en el siglo XIX, la evolución del mercado de trabajo y la incidencia de las reformas en Cuba con la sustitución de la mano de obra y la inmigración española; la segunda parte aborda la rentabilidad y viabilidad del ingenio esclavista a través de los precios de los esclavos en los distintos mercados de venta y los cambios que se sucedieron con la transformación en centrales, el sistema del colonato, el impacto en el medio natural y el peso del contexto internacional y la metrópoli en las actitudes de los plantadores. El último apartado relativo a las circunstancias de la abolición de la esclavitud y sus consecuencias plantea temas como la cuestión racial en Cuba y el legado de la abolición en Puerto Rico, abriendo el espectro de los estudios esclavistas a la reflexión sobre la ideología liberal española y el posible influjo en la política exterior de España en América de los frutos del sistema esclavista vigente hasta 1873 en Puerto Rico y 1886 en Cuba.

Nos encontramos, pues, con un trabajo sumamente interesante que es suma y multiplicación de las investigaciones, reflexiones e inquietudes de diversos autores, unos ya consagrados en este área de estudio y otros que ya transitan con fuerza en la dilucidación de los factores (y ritmo de actuación) que hicieron posible el final del trabajo forzado en el Caribe hispano, hecho vital para el avance historiográfico. A esta cualidad hay que añadir la variedad de enfoques de los trabajos, desde más generales a más concretos, de un tratamiento más tradicional a uno más novedoso, dentro de la triple mirada económica, político-ideológica y social establecida sobre la esclavitud, la transición al trabajo libre y su legado, para dichas esferas de las sociedades cubana y puertorriqueña del siglo XX que dotan al actual debate de intensidad y apasionamiento.

En cuanto a sus carencias, la principal nos atañe a todos los estudiosos del Caribe hispano y es la desproporción de trabajos sobre Puerto Rico —también en este tema de la esclavitud— con respecto a la atención que recibe Cuba. Aún teniendo en cuenta la menor escala del hecho histórico en Borinquen, donde no alcanzó las dimensiones cuantitativas y económicas de la Gran Antilla, es digno de atención y de futuros análisis, como señala José Curet en el artículo que cierra el libro, ese «legado incierto» de la esclavitud y su abolición, de tanta repercusión para la conformación de mentalidades, de la identidad y de una cultura nacional. Un referente sobre las cuestiones raciales y sus consecuencias en la formación de las sociedades antillas es el artículo de Consuelo Naranjo, así como buena parte de su obra centrada en Cuba. Desde esta nueva historia cultural, que imbrica aspectos sociales e intelectuales, la alusión al discurso científico sobre la existencia de diferentes razas y la subordinación de unas a otras enlaza con el fomento de la inmigración blanca desde las instituciones estatales. Fe Iglesias, Gloria García, Consuelo Naranjo e Imilcy Balboa abordan la sustitución de la mano de obra esclava por el trabajador libre desde distintos niveles (costes de producción, salarios, cambios tecnológicos, relaciones laborales, etc).

Los análisis centrados en la rentabilidad de la esclavitud, que cuentan con larga tradición historiográfica, siguen siendo reveladores de la dinámica colonial en su doble aspecto económico y político. Los trabajos de Robin Blackburn, José Antonio Piqueras, Christopher Schmidt-Nowara, desde la incursión en la política, y los de Pablo Tornero, Martín Rodrigo, Nadia Fernández de Pinedo, Antonio Santamaría y Luis Miguel García, desde la economía, contribuyen a visualizar las contradicciones del sistema esclavista, los intereses de la elite hispanocubana y los cambios en las directrices de la política metropolitana, en un momento en que la isla se convierte en una colonia de gran rentabilidad.

Junto a estas cuestiones, el libro contiene otros enfoques sugerentes que amplían la perspectiva del estudio de la esclavitud a través de metodologías inmersas en las corrientes historiográficas de la historia atlántica y la historia ecológica como muestran los artículos de Hebert S. Klein, Laird Bergad y Reinaldo Funes referidos al comercio y los mercados de esclavos, así como al impacto de la industria azucarera en el medio natural.

Terminamos con la esperanza de que este libro, una magnífica contribución al debate sobre las causas que contribuyeron a la extinción de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico y a las consecuencias para sus sociedades, se convierta en todo el planeta en la realidad que proclama su título, «el final del trabajo forzado».

Mª Dolores GONZÁLEZ-RIPOLL
Instituto de Historia, CSIC

ROVIRA MAS, Jorge (editor), *La democracia de Costa Rica ante el siglo XXI*, San José de Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2001, 603 pp, índice, cuadros, gráficos e ilustraciones, apéndice bibliográfico y nota sobre los autores.

La peculiaridad del caso costarricense en la historia y la realidad actual de América Latina es una evidencia que nadie ha conseguido explicar con suficientes argumentos para satisfacer a la mayoría de los científicos sociales, pero aparte la ciencia, es una evidencia —reitero— tan poderosa que lo mismo puede servir para sostener la dificultad de

hablar una evolución y de problemas comunes en la región, que como ejemplo de que es posible lograr en ella un desarrollo paralelo, equilibrado y sin violencia de la economía, la sociedad y la política.

Una historia sin sobresaltos, que se puede decir abreviando, provoca una percepción de monotonía y continuidad en el acontecer costarricense a los ojos del observador atento a los resultados, pero no a los entresijos de los de los procesos —la mayoría de los que nos interesamos por saber cómo andan las cosas en tantos países y tan distintos (los de América Latina)—. Una de las aportaciones de la compilación de J. Rovira es desvelar los cambios que se esconden tras lo evidente a esa inmensa mayoría aunque, naturalmente, en la mente del editor y los autores que participan en el libro, tal contribución era sólo un valor añadido y resultado indirecto de la preocupación por ofrecer respuestas a quienes viven y piensan desde más cerca Costa Rica.

La democracia de Costa Rica ante el siglo xxi es el resultado de las conclusiones de la «Conferencia Internacional La Democracia en Costa Rica ante el Nuevo Siglo» que tuvo lugar en San José con motivo de la celebración del xxv Aniversario del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de Costa Rica entre el 29 y el 31 de mayo de 2000. Según Rovira fue, además, fruto de una inquietud perenne, aunque dinámica, de la preocupación que provocó la crisis de los años ochenta, que originalmente se pensó acabaría con lo que se ha llamado «la edad de oro del desarrollo nacional», pero a la postre acabó dando lugar a «un nuevo estilo» y «un nuevo rostro» en el que, como decimos, prevalecen muchos de los rasgos y virtudes del la anterior —y también algunos vicios y defectos—, pero tras un severo ajuste, con importantes cambios y, sobre todo, diferentes restos.

La compilación de Rovira trata de responder a las principales preguntas que plantea el contexto descrito anteriormente desde una perspectiva multidisciplinar y aunando los esfuerzos de un colectivo compensado de madurez y juventud, ópticas nacionales y aportaciones extranjeras, análisis de largo plazo y de coyuntura. El resultado es, desde nuestro punto de vista, adecuado a los objetivos, muy ilustrativo y, citando la opinión de una de las autoras de la obra —J. Guzmán— que pudimos conocer y que de otra manera no habríamos podido saber, influyente hasta el extremo de provocar un debate que ha modificado los proyectos políticos costarricenses. La democracia de Costa Rica ante el siglo xxi, aparte de un prólogo del editor, de una introducción que este último firma junto a B. Leimbach, y de una bibliografía ordenada por temas, seleccionada también por el propio Rovira y J. Rodríguez, se divide en seis partes que agrupan, por sus contenidos, las veintiséis contribuciones presentadas a la conferencia que dio origen al libro.

La primera parte del libro aborda el problema del entorno de la democracia en Costa Rica, con artículos de K. Bodemer acerca del efecto de la globalización, la modernización y el desencanto político en los regímenes representativos; de E. Torres Rivas sobre la dialéctica reforma-revolución en perspectiva comparada —estudia los casos costarricense y guatemalteco—; de A. Artiga respecto a los procesos de estructuración de los actuales sistemas de partidos en los países de América Central, y de J. Lanzaro, que analizar un ejemplo ajeno a la región —«Uruguay, del bipartidismo al pluralismo bipolar»— y ofrece un contrapunto para enriquecer su conocimiento.

La segunda parte versa sobre los problemas y desafíos futuros. En ella M.A. Seligson reflexiona acerca de los «¿Problemas en el paraíso?, la erosión del sistema político y la centroamericanización» costarricense en el último tercio del siglo xx, y J. Mora en la necesidad de buscar nuevos caminos democráticos ante el deterioro de la calidad del

sistema. H. Pérez Brignoli e Y. Baires, por su parte, hablan de una crisis en ciernes, F. Rodríguez y S. Castro indagan en papel de la juventud en la política, y R. Salom en la manera de hacer aquélla actualmente en Costa Rica.

La tercera parte de la compilación de Rovira se dedica a los partidos políticos y al sistema democrático basado en ellos. A. Cortés analiza la cultura política en relación con él, K. Casas su dinámica, y el propio editor se pregunta si se está debilitando el bipartidismo que rige actualmente en Costa Rica, cuestión en la que profundiza R. Blanco al estudiar la acción y el espacio de las formaciones cantonales en ese contexto. Finalmente, O. Hernández estudia «El quiebre [sic.] del voto en las elecciones de presidente y de diputados» entre 1962 y 1998.

La relación entre democracia, elecciones y política económica es el objeto de la cuarta parte de la obra y coincide prácticamente con el título y contenidos del artículo que firma J.M. Villaruso dentro de la misma. J. Peeler, por su parte, compara los casos venezolano y costarricense, prestando especial atención al papel de la elites; C. Reventos analiza la manera en que se aprobaron las medidas de ajuste del período 1980-1995 en un contexto democrático, y C. Sojo los problemas de exclusión social que éstas provocaron en el país y su efecto en la gobernabilidad.

Los cambios sociales y las nuevas formas de participación ciudadana preocupan a los autores agrupados en la sexta sección del libro. A.C. Escalante y M. Barahona analizan en sendos artículos la participación de las mujeres y de sus organizaciones en la construcción de la democracia costarricense y sus retos futuros, entre los que J. Guzmán destaca la potenciación de los derechos de los consumidores, de su ejercicio y protección. Finalmente J. Vargas estudia la auditoría popular de la calidad democrática costarricense.

Como conclusión, la sexta parte de la compilación de Rovira está dedicada a las reformas, electoral, de los partidos y del derecho constitucional, acerca de las cuales hace balance C. Arraya; del propio Estado y la democracia, sobre cuya necesidad y posibilidades reflexiona J.L. Vega. Acompañan a ambos ensayos, además, sendos artículos de R. Hernández y O. Fernández que contraponen el modelo parlamentarista y presidencialista y analizan los sistemas de representación en Costa Rica respectivamente.

En síntesis, como todo libro colectivo, la compilación de Rovira ofrece al lector contribuciones diferentes y de muy distinta calidad, pero en general de muy buena factura y, sobre todo, con contenidos coherentes con los objetivos de una obra que, explícitamente, se propuso abrir un debate sobre la democracia y sus retos en Costa Rica y, según parece, ya consiguió influir en los proyectos políticos, e implícitamente aporta a cualquier lector interesado un detenido análisis que le permite profundizar en el trasfondo de una realidad cuya evidente historia sin sobresaltos, parece que poco cambia.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC

## *Un camino entre dos mares. La creación del Canal de Panamá*

**Autor: David McCullough**
**Editorial: Editorial Espasa Calpe, Madrid, 2004**
**Páginas: 550**
**ISBN: 84-670-1437-7**

La construcción del canal interoceánico que debía unir las aguas de las aguas del Atlántico y el Pacífico es uno de los sueños y también de las empresas más relevantes de la Historia Moderna y Contemporánea, como lo fue antes, incluso, su propia búsqueda, cuando en tiempo remotos, tras el *encuentro* de América –o más bien del espacio geográfico que hoy se denomina América– por la expedición que capitaneaba Cristóbal Colón y otras posteriores. Aquéllos hombres de finales del siglo XV y principios del XVI creyeron que había un paso natural que permitiría llegar a Asia a través de las tierras recién *descubiertas* por los europeos, o al menos se afanaron en hallarlo.

La historiografía ha sido fiel y coherente con la importancia del problema. Se han escrito obras monográficas y desde múltiples perspectivas acerca del citado sueño y de su materialización en la construcción del Canal de Panamá, y antes en los primeros ferrocarriles transoceánicos que se planearon y tendieron –la mayoría de las líneas proyectadas, o no se abrieron finalmente o lo hicieron cuando ya se había inaugurado una ruta de comunicación, terrestre o marítima– en los istmos de Tehuantepec, Centroamérica y Panamá. También se ha brindado el necesario espacio al problema en estudios más generales de la Historia Universal, de América, o de los países que directa o indirectamente estuvieron implicados en dicho sueño: los Estados Unidos, México, Colombia, todas las naciones ribereñas del Caribe y del Golfo de México y algunas europeas –Francia y Gran

Bretaña especialmente–, que participaron en las referidas empresas ferroviarias o canaleras.

La obra de David McCullough: *Un camino entre dos madres. La creación del Canal de Panamá*, es una de las muchas que componen el acervo historiográfico referido, pero no una más, sino la más clásica. Seguramente es posible hallar trabajos que expliquen el proceso con mayor rigor, sobre todo concebidos y construidos con criterios más científicos. Seguramente, también, hay un buen número de investigaciones que abordan el tema con mayor amplitud de miras y ofrecen una perspectiva más global de los múltiples significados que tuvo, primero el sueño, y luego la materialización de la comunicación naval entre el Pacífico y el Atlántico. No obstante, centrado en los propios hechos, en la épica de los hechos concretamente, se puede afirmar sin esperar que lluevan voces en contra y abusando de la literalidad, que el mencionado libro es *la Biblia canalera*.

Por su mencionado valor, en esta época en la que el canal ha sido transferido finalmente a la administración de Panamá, un país que se dice nació debido a él, la editorial Espasa-Calpe ha reeditado en castellano *Un camino entre dos mares*, publicado originalmente en inglés en 1977 por Simon & Schuster en Nueva York con el título *Path Between The Seas: The Creation of the Panama Canal, 1870-1914*, rápidamente convertido en un *best-seller* y merecedor de los prestigiosos premios *National Book Award for History*, *Francis Parkman Prize*, *Samuel Eliot Morison Award* y *Cornelius Ryan Award* (este último al mejor libro del año sobre *international affairs*). Tales distinciones supusieron, además, el primer reconocimiento importante de un escritor (periodista e historiador), David McCullough que, entre otros muchos honores, ha ganado el Pulitzer Prize 1993 por su biografía del Presidente estadounidense Harry Truman y, dirige la serie de la PBS Television, *The American Experience*.

*Un camino entre dos mares* es, como decimos, un relato épico. Por eso y por la profesión y vocación de David McCullough, en mi opinión, periodista y publicista antes que historiador, cede en el rigor de lo que dice y argumenta en aras de facilitar la lectura y la comunicación y sólo lo refiere documentalmente en un breve apartado final. No obstante, en él puede el lector encontrar la cita precisa de las fuentes que ha empleado el autor en cada una de las partes de la obra.

Así concebido, el libro de McCullough es un clásico por la coherencia y relevancia de sus contenidos, pero también por la manera combinada, ensayística y novelada (a pesar de lo que dice no hay necesariamente contradicción entre ambos géneros) con que está escrito, y la brillantez con que el autor domina la lengua y el lenguaje. A ello acompaña, claro está, una buena traducción al castellano realizada por Francisco Gurza Irazoqui y revisada por Carmen Martínez Gimeno y, cómo no, una estupenda edición en dicha última lengua a cargo de Espasa Calpe, que compensan lo copioso de su contenido y sus más de quinientas páginas.

*Un camino entre dos mares* se estructura en tres grandes apartados –llamados libros– y veintidós capítu-

los agrupados en ellos, más un breve prólogo, un corto epílogo y el mencionado apartado de fuentes y bibliografía. En el primero de los mencionados libros, "Los umbrales", se aborda la historia del período 1870-1894, los antecedentes del plan de construcción y la materialización de frustrado primer proyecto. En el segundo, "Barras y estrellas para siempre (1890-1904)" se cuentan los albores de la épica de la empresa norteamericana, finalmente exitosa, y que al cabo se detalla en el tercero acápite, "Los constructores (1904-1914)", análisis de la construcción del canal y de su inauguración a mediados de la segunda década del siglo XX y el mismo año en que se firmó el armisticio de la Primera Guerra Mundial.

El drama humano, con su representación máxima en el fallecimiento de al menos unas 25.000 personas, según los cálculos del autor, es lo que más interesa a David McCullough y lo que ocupa el centro de su relato. La lucha contra la malaria y la fiebre amarilla, que acabaron con la vida de la mayoría de esas personas, descrita en el contexto de una aventura que se llevó a cabo en una de las tierras más inhóspitas e insalubres del mundo, por su geografía y, especialmente, su clima lluvioso, que da lugar a terrenos pantanosos, contra los que durante mucho tiempo fue imposible luchar, y a los que, además, fue preciso llevar todos los materiales, todos los equipos y toda la mano de obra que requirió el canal y que procedió de diversos lugares del planeta.

La política, las relaciones internacionales, la parte empresarial de la construcción también tienen cabida en la obra de David McCullough. Todos los avatares, todos los acontecimientos que rodearon a la construcción del canal merecen la atención del autor, y aunque su análisis se ubica en un segundo plano de su interés, también constituyen los aspectos más cuestionables del trabajo.

Es cierta la afirmación de que el Canal de Panamá es una de las obras más grandiosas de la Historia de la Humanidad, sobre todo teniendo en cuenta los medios con que se contaba en la época en que se realizó. También es, sin duda, una de las más útiles y, además, se hizo con tal mesura y cuidado que básicamente permanece y funciona en la actualidad como se ideó. Su obra, frente a la de Suez, no requirió sólo la apertura de una brecha en el terreno, sino que precisó erigir un *puente de agua* que, mediante un sistema de esclusas, eleva los barcos por propulsión hidráulica hasta un lago artificial, del que luego salen, tras haberlo surcado, empleando idéntico procedimiento.

La tecnología usada en el Canal de Panamá y la propia concepción de la empresa fue ejemplo y antecedente, como sucede en el caso de todos los grandes proyectos, de casi todas las obras de comunicación y transporte realizadas posteriormente. Las técnicas e instrumentos ideados, adaptados, modificados y utilizados en su construcción tuvieron múltiples y diversas aplicaciones. Hallazgos colaterales, como los instrumentos eficaces para luchar contra la malaria y la fiebre amarilla que asoló a los trabajadores, representaron avances significativos en la medicina. Además, en general, el empeño y su éxito fueron un símbolo

de la nación estadounidense y de su proyección hacia el exterior, que se transformaría en hegemónica en esos años, a la altura de 1914, tras la finalización de la Primera Guerra Mundial.

En su valoración excesivamente positiva y simbólica del significado ecuménico del Canal de Panamá y como símbolo de progreso y expresión de lo estadounidense es, sin embargo, donde la obra de David McCullough resulta menos objetiva y más discutible, hasta contradictoria incluso con el relato del inmenso drama humano que supuso su construcción. Tales defectos, sin embargo, no desmerecen la calidad de un magnífico libro que cualquier interesado por sus temas debería obligatoriamente leer, y además con gran placer.

Antonio Santamaría García
(Instituto de Historia, CSIC)